

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

la primera bala **burton hare**



La primera bala abrió un lindo agujero en el parabrisas.

Un agujero perfecto, rodeado de estrías.

Solté un juramento y de modo instintivo hundí el pedal del gas hasta el fondo.

Otro orificio surgió a menos de dos pulgadas del primero y esta vez capté el seco estampido del arma, allá atrás.

Mi «De Soto» pegó un salto hacia adelante y la aguja del cuentamillas pareció volverse loca, encabritándose.



Burton Hare

La primera bala

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1094

ePub r1.0

Lds 24.03.18

Título original: *La primera bala*

Burton Hare, 1971

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La primera bala abrió un lindo agujero en el parabrisas.

Un agujero perfecto, rodeado de estrías.

Solté un juramento y de modo instintivo hundí el pedal del gas hasta el fondo.

Otro orificio surgió a menos de dos pulgadas del primero y esta vez capté el seco estampido del arma, allá atrás.

Mi «De Soto» pegó un salto hacia adelante y la aguja del cuentamillas pareció volverse loca, encabritándose.

Por el espejo retrovisor vi los dos brillantes faros a una distancia demasiado corta para mi tranquilidad. Hundí la cabeza casi pegando la nariz en el volante y seguí pisando firme el pedal, tratando de sacarle unas millas más a mi cacharro.

Hasta entonces la noche había sido tranquila y suave, con una brisa que traía aromas del océano y que le hacía pensar a uno en el tiempo que se pierde en esas noches sin una mujer, una música melódica y un lugar discreto para los dos.

Los malditos matarifes que surgieron de improviso detrás de mí cambiaron radicalmente todas esas elucubraciones románticas.

Oí otro estampido y eché un vistazo al parabrisas, pero esta vez no hubo ningún agujero más. O habían fallado o la bala acababa de incrustarse en alguna parte de la carrocería.

Estábamos en una pronunciada rampa que se encaramaba al sur de las colinas. La coroné como un rayo y ante mí apareció un tramo como de tres millas casi recto, en pronunciado declive. El «De Soto» ganó velocidad y las llantas chirriaron sobre el asfalto.

El maldito coche negro apareció otra vez en mi retrovisor con sus faros como gigantescas luciérnagas de muerte.

Yo llevaba una «Magnum» en una funda al alcance de mi mano.

Lo malo era que necesitaba las dos manos para mantener el coche en la carretera. Tal como se presentaban las cosas comencé a pensar que no había muchas esperanzas de salir indemne del apuro.

El cuentamillas marcaba ciento diez. El viento chillaba a los lados del coche y el mundo entero parecía precipitarse en tromba hacia mí.

Otro estampido.

Esta vez acertaron el parabrisas. El agujerito y las estrías aparecieron súbitamente casi frente a mi nariz. La bala había pasado justo por encima de mi cabeza.

Sentí un escalofrío en todo el cuerpo. Aquello solo podía terminar de una manera, y sólo con imaginarla era suficiente para que sintiera un extraño frío en las venas, culebreando de modo más que desagradable arriba y abajo de mi cuerpo.

Tal como dijera el bocazas de Garstrang, el asunto tenía consecuencias.

Un maldito asunto terminado, archivado y cobrado.

Por lo visto, faltaba la propina, y ahora estaban dándomela con plomo.

La recta terminó y la siguió una curva suave. El «De Soto» la tomó sobre dos ruedas y entre un fragor de chirridos y crujidos de metal. Seguí adelante y otra curva salió a mi encuentro como si después de ella ya no hubiera nada más.

Tal vez, para mí, no existiera nada más después de lo que se me venía encima.

Pisé el freno dos o tres veces, arrancando una sonora protesta del vehículo. Luego lo solté y rogué al cielo como último recurso.

El coche se levantó de lado, derrapando sobre dos ruedas, bamboleándose como un demonio en una tempestad. Hundí el acelerador hasta abajo y creo que la carretera giró en torno mío igual que un torbellino, pero de cualquier modo las dos ruedas que volaban cayeron sobre la tierra, el coche dio unos cuantos brincos y reanudó su carrera suicida igual que lanzado por una catapulta.

Pero ellos habían salido también de aquel apuro y otra vez un arma retumbó. Hice votos para que ninguna de aquellas balas llevara mi nombre escrito.

Una corta recta me permitió aumentar un poco la distancia entre ellos y yo. Era un respiro por lo menos.

Pensé en el teniente Garstrang y en sus condenados vaticinios. Casi podía oír su voz gangosa:

«—Se ha embolsado un buen puñado de billetes, Duncarry..., pero no quisiera estar en su pellejo ni por todo el oro de Fort Knox. Apuesto que alguien pondrá precio a su cabeza y usted sabe bien que no tendrá escapatoria...».

Bueno lo que yo no imaginé fue que sus pronósticos se cumpliesen precisamente esa misma noche.

Otra curva.

Maldije entre dientes y hundí el freno: Lo solté y volví a hundirlo furiosamente, para soltarlo y pisar el acelerador, ahora con suavidad porque el coche estaba volando en pleno viraje.

Nunca supe cómo salí entero pero hubo un concierto de chasquidos y crujidos de metal que no auguraban nada bueno. Afortunadamente, estaba al corriente del pago de las primas del seguro..., aunque me pregunté quién infiernos iba a preocuparse de mi seguro si me daban el pasaporte...

El maldito sedán escapó también de esa curva y una vez más lo tuve pegado a mi cola. La pistola retumbó, una bala pegó en alguna parte metálica y aulló al rebotar por encima de mí.

Bueno, la cosa ya no tenía remedio. Supe que huyendo no lograría escabullirme de una muerte cierta.

Según algunos de mis amigos, y también de mis enemigos, soy un tipo de reflejos fulminantes. Eso, hay algunas damas que podrían certificarlo.

En consecuencia, levanté un poco el pie del acelerador y los faros, en mi espejillo, aumentaron de tamaño. El coche negro se me vino encima como una bala de cañón.

Entonces hundí el freno con toda mi fuerza. El motor se calentó y todo el coche se estremeció entre aullidos de llantas y rugidos de metal. Dio unos bandazos dejando pedazos de neumático en la carretera y al fin se paró en seco.

Demasiado tarde, ellos advirtieron la maniobra y quisieron eludirla. Oí el estrépito de sus frenos, los violentos quejidos del metal y no esperé a ver lo que pasaba, sino que me tiré de bruces sobre el suelo del auto, protegiéndome la cabeza con los brazos.

Ellos debieron tratar de eludir el choque. El espeluznante chirrido de sus ruedas se acercó velozmente luego golpearon de

refilón la trasera de mi «De Soto» y sus ruedas ya no chirriaron más. Todo el coche saltó para caer de nuevo, bamboleándose, unas yardas más adelante, zarandeándose.

Entonces se oyó una fuerte explosión.

Fue un golpe que atronó la noche, como si un gigante se entretuviera en desmenuzar latas de conservas entre sus manos. Muchas latas de conservas...

Me levanté y atisé a mi alrededor.

Vi el sedán volar después de derribar un árbol. Pedazos de carrocería saltaron cuando el coche se estrelló contra una gran roca de la ladera. Dio otro enorme salto y dando tumbos se hundió en el barranco en medio del fragor producido por sus repetidos tumbos contra las piedras y los débiles árboles plantados allí un par de años antes.

Al fin se oyó el lejano y sordo batacazo final, y casi al instante, del fondo de la garganta se elevó un rugido, y un resplandor de infierno, y la noche, en las negras profundidades, adquirió la llameante luz de una aurora roja.

Un martillo golpeaba dentro de mi pecho cuando puse los pies en la carretera y me aproximé al borde del abismo. Faltaba un buen trozo del carril protector. No pude ver dónde ardía el auto, sólo el resplandor de las llamas.

Bien, no había por qué ocuparse de los tripulantes del sedán.

Ya jamás volverían a tirotear a nadie.

Regresé a mi cacharro para inspeccionar los desperfectos.

La tapa del portaequipajes estaba arrugada y levantada. Toda una aleta posterior había desaparecido y buena parte del guardabarros estaba hecho un acordeón.

Sólo me había pillado de refilón. Si se hubiesen estrellado contra mi «De Soto» de lleno, a estas horas estaríamos todos allá abajo, cociéndonos y chisporroteando alegremente en una hoguera común.

Volví ante el volante. Mis manos temblaban un poco cuando le di al contacto con cierto temor.

Pero el motor respondió bien. Arranqué poco a poco, escuchando por si la rueda trasera rozaba contra el guardabarros aplastado, pero no oí nada alarmante, excepto el golpeteo de la tapa arrugada del portaequipajes.

Reemprendí la marcha a velocidad moderada. Ya había tenido

suficiente excitación y velocidad por una sola noche.

No obstante, el destino tiene ideas de un condenado humorismo a veces y esta ocasión fue una de ellas, porque el destino había decidido que no había habido aún bastante excitación.

Seis o siete millas más adelante, saliendo de una curva como un relámpago, por su izquierda, un coche blanco de baja carrocería se me vino encima como un millón de diablos enfurecidos.

CAPÍTULO II

Me pilló totalmente desprevenido. Surgió como un blanco fantasma bañado por la luz de la luna, a más de cien millas por hora, rugiendo y deslumbrándome con sus luces largas.

Instintivamente, doblé todo el volante y mi pobre «De Soto» saltó al borde de la carretera, hundió las ruedas en la cuneta y en aquel instante el bólico blanco rozó apenas mi carrocería, arrojándome de costado contra el terraplén, donde quedé empotrado entre el fragor del metal aplastado.

Pero él lo pasó peor. Patinó, derrapó de costado en medio de un ensordecedor estrépito. Giró igual que un trompo, saltó y acabó estrellándose de costado contra un indefenso árbol, alrededor de cuyo grueso tronco pareció enroscarse como si quisiera abrazarse a él.

Mis oídos se negaron a soportar el infernal estampido. Por unos instantes quedé sordo y aturdido, preguntándome cómo diablos era posible que yo siguiera vivo todavía.

Después me apeé lamentando que el conductor del blanco bólico hubiera quedado hecho migas, porque así me privaba del placer de romperle un par de huesos con mis propias manos.

Avancé tambaleándome hacia donde había quedado enroscado el maldito coche blanco. Cuando me acerqué vi que era, o había sido, un «Mustang» último modelo, descubierto y con profusión de extras y cromados por todas partes.

Bueno, ahora no era más que un informe montón de chatarra.

Pero faltaba lo principal.

El conductor.

No lo vi por ninguna parte y eso me chocó, porque no era cosa de pensar que aquel par de toneladas de lujo fueran manejadas por

control remoto.

Así que empecé a buscarlo por los alrededores y, de pronto, surgiendo de la oscuridad, me llegó un débil lamento.

Cambié de rumbo hacia el suave terraplén cubierto de césped, que entonces era sólo una masa de negrura. El gemido se repitió y esta vez capté la voz femenina, lo cual acabó de enfurecerme, no sé muy bien por qué.

Cuando llegué junto a ella vi que estaba tendida de bruces, lamentándose débilmente entre dientes. Por lo visto había salido despedida del asiento al dar su coche el primer salto, y el caer y rodar por el terraplén no le había hecho tampoco ningún bien. No podía saber cómo estaba su cuerpo, pero en cuanto a sus ropas eran un desastre, hechas jirones y dejando al aire la mayor parte de su bien construida anatomía.

Inclinándome, le di la vuelta suavemente dominando mis deseos de propinarle un par de guantadas donde más le doliera.

Gimió más fuerte y yo dije, estúpidamente:

—¿Está usted bien?

Trató de verme en la oscuridad.

—No lo sé —murmuró—. A juzgar por lo que me duele, debo estar muerta.

Eso era indudable que no podía ser cierto.

—Está demasiado oscuro para reconocerla —mascullé—. Y no me atrevo a moverla por si tiene algo roto.

—No me anime tanto —refunfuñó—. ¿Qué fue lo que pasó?

Olía a *whisky* queapestaba y eso debiera haber sido una respuesta lo bastante clara incluso para su roma inteligencia.

Sólo que por alguna extraña razón me contuve y sólo dije:

—¿No lo recuerda?

—No, yo...

—Si no lo recuerda es que el golpe le ha atrofiado la sesera, nena. Estuvo a punto de matarme, ni más ni menos.

—Pero no lo hice, ¿eh?

—No fue por falta de entusiasmo por su parte... ¿Quién le enseñó a conducir borracha?

—¡Yo no estoy borracha, palurdo!

—Huele a *whisky* queapestaba.

—Sólo tomamos unas copas. Una pequeña fiesta, sólo eso.

—Seguro.

Pensé que si estaba tan dispuesta a discutir no debía estar herida de gravedad, así que decidí:

—Mire, voy a subirla a la carretera. En mi coche aún funcionan los faros..., supongo, y allí podremos ver qué es lo que tiene. ¿Conforme?

—Bueno... Oiga, ¿quién es usted?

—Steve Duncarry.

—¿Y qué más?

—Es suficiente, de momento.

La levanté en brazos con cierta suavidad y dejó escapar un quejido.

—La pierna —sollozó—. Me duele...

—Debería dolerle la cabeza en lugar de la pierna.

Subí a trompicones el pronunciado declive y llegué al asfalto jadeando como un fuelle. Sentía en mis manos el calor palpitante de su cuerpo duro y firme, al tiempo que sus brazos se enroscaban en torno a mi cuello con más entusiasmo del que era dado esperar estando herida.

—¿Sabe usted, Duncarry? —susurró—. Era lo que estaba necesitando; unos duros brazos masculinos en torno a mí.

Sentí tentaciones de soltarla de golpe.

Mi coche estaba ladeado en el terraplén, como recostado perezosamente contra él. Uno de los faros funcionaba todavía y pensé qué era todo lo que aún funcionaría en todo el desgraciado cacharro.

Deposité la carga en el suelo, resoplando, y la miró al resplandor de la luz.

Advertí que era mucho más bella de lo que imaginé en un principio. Tenía largas piernas descubiertas en toda su extensión por su vestido hecho trizas. Una cintura delicada y un busto pequeño y agresivo que hacía algo más que insinuarse por entre los jirones de su blusa de encajes.

—¿Aprueba todo lo que ve o quiere rectificar algo? —me soltó de repente.

—Me pregunto cómo una chica tan hermosa puede ser tan estúpida.

—¿Sí?

—¿Dónde le duele? Y no me diga que los sesos, porque ya sé que no los tiene.

—Gracias. Sólo la pierna.

—Lástima.

Inclinándome, la examiné. Desde luego, tenía sangre en ella, y un largo desgarrón de feo aspecto. Había multitud de moretones en otras partes de su cuerpo según aprecié sin esfuerzo.

Seguía mirándome con sus grandes ojos verdes y fosforescentes como los de una pantera. Una devoradora de hombres quizá.

Pero yo había conocido fieras peores y las había domesticado.

—Ahora tendrá que andar, cuando le haya arreglado un poco esa pierna, a menos que pase un buen ciudadano celoso de sus deberes...

—¿Quiere decirme con todo esto que ya no piensa llevarme más en sus brazos viriles?

—Vuelven a despertar mis primeros instintos.

—¿Qué instintos?

—Pensé propinarle una buena azotaina en cuanto la vi.

—Hágalo... Será la primera vez. Tal vez me divierta.

—¡Al demonio!

Desgarré otro trozo de su propia falda. Debajo llevaba algo que podía compararse con una nube y también arranqué uno de los trozos que colgaban. Le limpié la herida como pude y confeccioné un torniquete que al apretarlo se hundió profundamente en su muslo.

Después de quejarse en todos los tonos, comentó:

—No ha creado usted ningún modelo atractivo de liga, por lo que veo...

—Pero se ha cortado la hemorragia de sangre. Usted sabrá el tipo de ligas que le quedan mejor. ¿Cree que podrá andar?

—A juzgar como me siento, no.

—Entonces se quedará aquí, mirando las estrellas y reflexionando sobre los inconvenientes de beber demasiado *whisky*. Yo iré en busca de ayuda, entretanto.

—¡Eh! —exclamó—. No puede dejarme tirada aquí. Puede pasar cualquiera de esos maníacos sexuales de que hablan los periódicos y encontrarme indefensa, con ropas hechas jirones.

—Mire, cuando no la he estrangulado yo, puede estar segura de

que nadie lo hará ya esta noche. No podemos quedarnos tumbados esperando que amanezca.

—¿No podría probar a enderezar su coche? Quizá funcione todavía.

—Olvídelo, primor. Tiene el morro aplastado y el radiador empotrado contra el bloque. Esta cafetera no volverá a correr más por sus propios medios, y eso me recuerda que alguien deberá pagar por los desperfectos. ¿Quién diablos es usted, ya que estamos en eso?

—Joyce Dare. Mi padre es Raxel Dare. Usted debe haber oído hablar de él.

Me encogí de hombros y mascullé:

—Ésta es la primera vez. Bueno, ¿prefiere andar o quedarse aquí?

Titubeó. Creo que hasta entonces no se convenció de que la cosa iba en serio y que si no se espabilaba se quedaría allí, desamparada.

—Lo intentaré —gimoteó—. Pero si me muero por el camino usted cargará con la responsabilidad.

—Sí, seguro. ¿Quiere llevarse algo de ese montón de chatarra?

Señalé hacia su coche, amorosamente abrazado al grueso tronco del árbol.

—Lo único que quiero es pegarle fuego... Está bien, mi bolso quedó allí, a menos que también saliera disparado cuando yo volé.

Volví a atravesar la carretera refunfuñando maldiciones. Por una noche estaba adquiriendo más experiencia que en toda mi vida.

Rebusqué en los asientos sin ver ni rastro de bolso alguno. Quizá había saltado hacia el terraplén, pero estaba muy oscuro para buscarlo. No obstante, di la vuelta al montón de hierros retorcidos para ver si había caído cerca y podía descubrirlo.

Fue al pasar por la parte trasera del coche que vi aquello y quedé petrificado.

Creo que sentí como si una garra helada se deslizara por mi espalda, viscosa igual que el contacto de una serpiente.

El portaequipajes del que fuera magnífico coche se había doblado en parte. La tapa, casi arrancada de cuajo, estaba doblada hacia un lado y por la abertura colgaba una pierna rígida con el zapato casi cayéndole del pie.

«El portaequipajes de un auto no es el lugar para llevar un

viajero —pensé—. Por lo menos, un viajero vivo».

Acabé de levantar la tapa y me encontré mirando el cuerpo enroscado de un tipo cuyos ojos saltones me miraron fijamente. La misma fijeza con que debía haber visto el infierno en el momento de morir, porque no cabía duda que habían visto llegar la muerte a juzgar por el tercer ojo, negro y chamuscado, que le había nacido en mitad de la frente.

La sangre seca que se había deslizado por su rostro le confería el horrible aspecto de una máscara de pesadilla.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, plantado como un poste, sin poder apartar la mirada del cadáver y diciéndome que aquello explicaba las prisas de la dama.

Quizá también explicase la enorme cantidad de *whisky* ingerido por ella.

Retrocedí no muy seguro sobre mis piernas hacia donde la había dejado. Vi que estaba de pie, apoyada contra la martirizada carrocería de mi aplastado «De Soto», mirando con sumo interés los orificios que las balas dejaron en el parabrisas.

—¡Oiga! —exclamó al verme—. Esos agujeros son de bala.

—Es todo un descubrimiento, primor, pero yo acabo de hacer otro mucho más interesante todavía.

—¿Ha encontrado mi bolso?

—No, pero sí he visto su equipaje.

—¿Equipaje? —masculló—. ¿De qué está hablando? Yo no llevaba ningún equipaje. Sólo salí a dar una vuelta para...

—Para arrojar el equipaje en el barranco, supongo...

—Y dale con el equipaje. Le repito que no cargué ninguno. Pero sea como fuere, estos agujeros hacen que todo sea distinto ahora. ¿Quién le tiroteó?

—Es largo de contar, y ahora hay otros temas más urgentes. Venga conmigo.

—¿Adónde? Le advierto que apenas puedo sostenerme en pie.

—Apóyese en mí. Quiero que lo vea.

—¿Qué quiere que vea?

No respondí. Apoyándose contra mí consiguió andar, aunque con muchas dificultades. La llevé hasta el coche y cuando vio cómo había quedado, soltó una especie de balido y comentó con voz débil:

—Bueno se pondrá papá cuando lo sepa. Me lo había regalado hace apenas dos semanas...

—Ahora habrá de regalarle un buen abogado, querida.

—¿Un abogado? Usted está loco. ¿Para qué demonios quiero yo un abogado?

—Para que la libre de una acusación de asesinato en primer grado.

Se quedó con la boca abierta, mirándome igual que si estuviera ante un marciano.

La llevé hacia la parte trasera y sólo dije:

—Mire eso, encanto.

Miró.

¡Ya lo creo que miró!

Sólo que cuando lo hubo visto soltó un aullido de bestia herida y se desplomó sin conocimiento.

La dejé tendida sobre la hierba y regresé junto al forzado pasajero del auto. Con infinito cuidado busqué en sus bolsillos en el instante en que, a lo lejos, comenzaba a oírse una sirena de la policía.

El individuo llevaba toda su documentación en el bolsillo, además de un llavero, tabaco, un fajo de billetes muy respetable, un encendedor de gas, que me pareció de oro y algunos papeles que no me entretuve en examinar, todo lo cual me demostró que quien le había despachado no lo hizo con ánimo de robar ni mucho menos.

Lo dejé todo en su sitio, mientras el aullido de la sirena crecía, acercándose cada vez más.

Suspiré, porque aquello iba a ser un excelente embrollo desde cualquier punto que sé mirase.

Di un vistazo a la muchacha, pero continuaba inconsciente.

Encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar. La cosa no sería divertida, pero era inevitable, así que era preferible tomarlo con filosofía.

Cuando, unos minutos después, apareció el auto-patrulla de la policía del Estado, casi había terminado el cigarrillo y Joyce Dare seguía en el mundo de los sueños.

CAPÍTULO III

Se organizó un buen lío.

Llamadas por radio, más coches policíacos, una ambulancia, un sargento malhumorado, motoristas y el infierno.

La chica terminó presa de un ataque de histeria y el médico de la ambulancia debió olvidarse del fiambre para ocuparse de ella, después de ordenar que los dos enfermeros la envolvieran con una manta destinada en principio al muerto. Quizá la visión del cuerpo turbador y sugestivo de Joyce le encrespaba, impidiéndole concentrarse en su tarea.

El sargento, cansado de vociferar órdenes, se acercó de nuevo a mí, secándose la frente con un enorme pañuelo.

—Pero, Duncarry, todo esto es un asunto de locos. Personalmente, opino que ha estado usted mintiendo.

—Sus opiniones son dignas de tenerse en cuenta. Esto es una democracia, por si no lo sabía.

—Otro chistecito y le rompo los dientes —amenazó, embolsándose el pañuelo.

—Ya le conté que la chica se me vino encima en la curva y...

—No me refiero a eso.

—Entonces, hable más claro.

—A nosotros nos avisaron que había un coche ardiendo en el barranco. Dentro de lo que quedaba del auto encontramos cuatro fulanos convertidos en carbón. Todo estaba hecho pedazos, pero no tanto que no pudiésemos hallar cuatro pistolas de gran calibre. Eso nos preocupó.

—Puedo jurarle que antes me preocuparon a mí. Vea mi parabrisas.

—Ya lo vi. Usted dice que siguió adelante después de

despeñarlos con la intención de buscar un teléfono desde el que llamar a la policía.

—Ni más ni menos.

—Y justamente entonces hubo este otro lío del choque y todo lo demás, incluido ese fulano con una bala en los sesos.

—Así es. Los dos coches son el mejor testimonio de lo que digo.

—Sí. Bueno... lo que no creo es que todo esto no esté relacionado de algún modo. En una sola noche no le pueden suceder todas estas cosas a un tipo, así como así.

Suspiré resignadamente.

—Dígamelo a mí.

—Afortunadamente, tan pronto como llegue el jefe soltaré este asunto, como si fuera hierro al rojo. Apesta por todos lados.

—Afortunadamente —dije.

Me miró de mala manera y me dio la espalda, encaminándose a la ambulancia, sólo que el médico le cerró el paso, diciendo:

—Déjela en paz ahora, sargento. Esa chica no está en condiciones de responder más preguntas.

—Si ha tenido agallas para despachar al fulano del portaequipajes, podrá tenerlas también para hablar, digo yo...

—Y yo le digo que...

Les interrumpí, fastidiado.

—Sargento —intervine—, usted está dando por sentado que ella lo mató. Eso equivale a una acusación de la que puede ser responsable, si es que sabe lo que significa la ley del libelo y difamación.

—¡Váyase al infierno, Duncarry!

Me fui a sentar al otro lado de la carretera, junto a mi acabado coche, entre los destellos de los faros giratorios de los coches, el runruno de los motores y las voces del regimiento de policías que se había congregado allí.

Al fin, mucho más tarde, llegó otro auto y de él descendió un individuo corpulento ante el cual todos los demás dejaron de charlar para saludarle con evidente respeto.

Seguí sentado, fumando melancólicamente, mientras el sargento hablaba con el recién llegado.

Cuando terminaron, el hombre dio un vistazo al interior de la ambulancia, cerciorándose de que la muchacha no estaba en

condiciones de soportar sus preguntas.

Después su atención se centró en el cadáver tendido sobre la hierba del terraplén. Allí tuvo una corta conferencia con el médico, y, finalmente, dio media vuelta y vino hacia mí sin prisas, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—¿Usted es Duncarry?

—Así me llaman.

—Soy el capitán Melrose, de la policía del Estado.

—Me alegro de conocerle. ¿Le contó el sargento todo lo ocurrido?

—Sí, pero quiero que me lo cuente usted. Déjeme sitio, ¿quiere?

Me aparté, dejándole que se sentara a mi lado, sobre la piedra plana que me servía de butaca esa noche.

Sacó una pipa y atascó el tabaco sin despegar los labios. Después le pegó fuego y la peste que desprendió hubiera sido suficiente para alejar una manada de mofetas.

—Hable —gruñó solamente.

Le conté toda la historia, empezando por el principio.

—Todo empezó cuando me contrataron para desenmascarar a Tonio Beezy. Quien me contrató estaba seguro de que Beezy trataba de infiltrarse en los sindicatos obreros y quería pararle los pies. Bueno, además de sus chanchullos, descubrí que era además un asesino, reuní pruebas y lo entregué a la policía.

—Leí todo en nuestros teletipos...

—Seguro. Ayer terminó el proceso contra él por asesinato. Hube de declarar y le sentenciaron a muerte. Ésa es toda la historia, hasta que esos cuatro matarifes me tirotearon cuando regresaba a la ciudad.

—De modo que los cuatro individuos achicharrados en ese coche eran «torpedos» de Beezy.

—Estoy seguro. Quisieron vengarlo, de modo que la cosa sirviera de escarmiento.

—Ya veo... y entonces se tropezó con ese otro crimen.

—Eso fue totalmente fortuito.

—El sargento no lo cree así.

—El sargento tiene la cabeza llena de serrín si opina así. Además, la chica podrá declarar cuando se encuentre repuesta. Ni siquiera la conocía antes de esta noche.

—Es curioso...

—¿Qué encuentra de curioso en este lío?

—Usted desenmascaró a Beezy, entregándolo a los tribunales, por lo cual alguien debería darle una medalla. Muy bien —arrancó una apesosa nube de humo de su cachimba y prosiguió—. Beezy intentaba infiltrarse en los sindicatos y usted lo impidió. Y ahora tenemos que esa niña que además de conducir rebosante de *whisky*, llevaba un cadáver a paseo, es la hija de uno de los más poderosos líderes sindicales. Dígame si no es para escamar al más confiado polizone, Duncarry.

—¿La hija de...? Ella dijo que su padre era Raxel Dare.

—Ni más ni menos, ése es el nombre.

—¡Cristo! —jadeé—. No me diga que se trata de «ése» Dare...

Cabeceó asintiendo, muy satisfecho.

—Ahora es cuando comprendo al sargento —dije desmayadamente.

—Yo también.

Encendí otro cigarrillo. Estaba fumando demasiado esa maldita noche, pensé. Pero mis nervios habían sufrido unas tensiones endiabladas y lo uno iba por lo otro.

—Creo que de cualquier modo que enfoquemos el asunto, usted está implicado en su mismo centro —dijo el capitán.

Asentí sin entusiasmo.

—Será divertido oír los comentarios del teniente Garstrang —dije de mal talante.

—Fue el oficial que llevó el asunto Beezy, ¿verdad?

—Sí.

—Habrà que avisarle también.

—Oirá usted sus carcajadas a mil millas de distancia. Me vaticiné que sucedería eso.

Sonrió sin quitarse la pipa de los dientes.

—Creo que voy a dejarle marchar, Duncarry —dijo de pronto—. No quiero que esté aquí cuando lleguen los chicos de la Prensa. No obstante, le mandaré llamar de nuevo, seguramente mañana, para completar el informe.

—Muy bien, pero ¿con qué me largo? Mi cacharro está acabado.

—Le llevaremos en uno de nuestros coches. En cuanto a toda esta chatarra, las grúas los sacarán de aquí. Y... si por casualidad

olvidó cualquier detalle importante, comuníquelo a la policía tan pronto lo recuerde.

—Si lo recuerdo.

—Eso, si lo recuerda —murmuró él, tranquilo.

Huí de la peste de su pipa y minutos después corría rumbo a mi casa a bordo de uno de sus coches.

Había sido una condenada noche, una noche como para no olvidarla en el resto de mis días.

El coche me dejó al pie de la loma. Miré mi pequeño garaje con nostalgia, sabiéndolo vacío ahora. Luego ascendí los cincuenta y dos rústicos escalones que se encaramaban por el jardín y me encontré en el porche de mi *bungalow*.

Entré, me quité las ropas de cualquier manera y tan pronto toqué la almohada quedé dormido como un tronco.

Pero tuve pesadillas durante todo el tiempo que dormí.

CAPÍTULO IV

Me despertó el teléfono, sonando una y otra vez, machaconamente.

Traté de levantarme y empezaron a dolerme todos los huesos. De un manotazo descolgué el auricular y lo introduje bajo las sábanas.

—¡Está bien, hable! —masculló con voz pastosa.

—¿Duncarry?

—Steve Duncarry, supongo... ¿Qué pasa?

—Le habla Raxel Dare.

—¿Quién? ¡Oh! —me senté de golpe, parpadeando, porque el sol penetraba en mi dormitorio como un foco demasiado brillante—. Dígame...

—Quiero verle, Duncarry.

—¿Le contó su hija lo que sucedió anoche?

—Mi hija, la policía del Estado, los pies planos de Homicidios, los polizontes del fiscal... Todo el mundo me ha contado lo sucedido. Tengo un centenar de versiones distintas de todo ello.

—¿Y ahora quiere la mía?

—Venga aquí y hablaremos.

—Mire, sólo fui un factor accidental en lo sucedido y no...

—¿Quiere ganarse cincuenta mil dólares, sí o no?

—¿Qué dijo?

—Cincuenta mil.

—Eso creí entender. ¿Dónde le veo?

Me dio una dirección de Beverly Hills, en Los Angeles. La anoté mentalmente, luchando por librarme del influjo de la cifra mencionada por él.

—Estaré allí esta misma mañana.

—Bueno.

Y colgó.

Corrí a la ducha. Cincuenta mil dólares eran muchos dólares para dudar siquiera.

Luego empecé a pensar en otras cosas y ya no me gustó tanto la perspectiva.

Una de estas cosas era que se trataba sin la menor duda de un caso de asesinato, así que la Brigada de Homicidios andaría por en medio, además de la oficina del fiscal.

La cosa podía llegar a ser muy desagradable.

Terminé de vestirme, comprobé que mi fiel «Magnum» estaba en buenas condiciones y salí.

Era un día radiante, con un sol cegador y ardiente que achicharraba mi jardín de modo despiadado. Abajo, casi en la calle, el jardinero al que tenía contratado para que viniera un par de veces por semana, recortaba uno de los setos dejándolo tan recto como la conciencia de un recién nacido.

Descendí los escalones parpadeando.

El levantó la cabeza y me saludó con un gesto.

—Habrà que regar esto más tarde —comenté casi a gritos.

—Pensaba hacerlo esta tarde, señor Duncarry.

Llegué a su lado y encendí el primer cigarrillo del día.

Entonces me soltó:

—Los tipos deben estar cansados de esperar.

Quedé rígido.

—¿Qué tipos?

—Los del coche.

Estábamos detrás del seto. Atisé por encima y lo vi.

Era un «Cadillac» de color azul oscuro, en el que dos fulanos aguardaban algo.

Supé lo que era sin necesidad de más aclaraciones y me agaché tirando del jardinero hacia abajo.

—¿Hace mucho que están ahí? —pregunté.

El hombre me miró con ojos asustados.

—Cuando yo llegué ya estaba ese coche donde está ahora...

¿Oiga, cree que...?

—Sí. Ya lo intentaron anoche. Ahora, oiga lo que debe usted hacer.

—Mire, patrón, yo no sirvo para esos trotes. Usted... Bueno, es

parte de su trabajo, pero el mío es cuidar los jardines de la vecindad...

—Suba las escaleras sin prisas, normalmente. Si sospechan que va a llamar a la policía, empezarán a disparar. ¿Entendido?

—Seguro...

—Bueno, telefonee al teniente Garstrang, de Homicidios. De todas formas, yo me entenderé con esos bastardos. Deben ser los últimos de la pandilla de Beezy, así que eso terminará la cosa.

Cuando me vio la pistola en la mano casi echó a correr. Le sujeté fuerte por el brazo y le repetí:

—¡Con calma, hombre, sin prisas!

—Sí, calma... ¡Un demonio!

Se levantó y empezó a subir las escaleras. Adiviné el esfuerzo que realizaba para no hacerlo a saltos.

Sin preocuparme más por él anduve a lo largo del seto. Por el rabillo del ojo vi cómo ellos se enderezaban en el sientto al descubrirme, pero mantuve el mismo ritmo hasta llegar a la verja.

La abrí.

Allí abajo, el coche empezó a moverse suavemente.

A pesar de estar prevenido no pude evitar un escalofrío. Aquéllos eran pistoleros profesionales, los más duros de cuantos habían existido en los últimos tiempos.

Había que ganarles por la mano.

Quitó el seguro de la «Magnum» y mi dedo se tensó sobre el gatillo.

Di dos pasos, como disponiéndome a andar por la acera. Ellos ya debían saber que yo no disponía de coche, así que no se apresuraron. Me tenían seguro.

El auto cobró velocidad, pero no volví la cabeza aún, manteniendo el brazo armado por delante de mi cuerpo, a fin de que no descubrieran mi pistola prematuramente.

Cuando escuché el suave zumbido del motor, giré sobre mis pies.

El pistolero de mi lado había sacado el brazo. Casi disparamos los dos a un tiempo, pero mi bala hizo blanco y la suya no.

Le vi saltar hacia atrás mientras su cabeza se desmenuzaba bajo el impacto del enorme proyectil de mi automática. El cayó sobre el conductor, estorbándole, y el coche dio unos bandazos mientras ganaba velocidad.

Seguí disparando una y otra vez. Ahora fueron sus cristales los que acusaron los balazos y de repente el coche se encaramó a la acera, empotró el morro en una valla y se detuvo.

Eché a correr dispuesto a no dejar escapar al único que quedaba vivo.

Sonó un estampido y algo alborotó mis cabellos, obligándome a arrojarme de bruces sobre la acera.

Rodé a un lado, sin encontrar nada que pudiera servirme de protección.

Oí el chasquido de una portezuela, pero otro balazo me buscó, obligándome a aplastarme contra el suelo como un gusano.

Pasaron los segundos más largos de toda mi vida. Levanté un poco la cabeza y no sucedió nada.

Alguien gritó. Alguien mucho más abajo de donde estaba el coche.

Eso me aclaró todas las dudas. Levantándome, corrí como un gamo, rodeando el vehículo en el que pude ver fugazmente el cadáver del que había disparado primero contra mí.

Un hombre gesticulaba en la puerta de un jardín.

—¡Por allí! —rugió—. Ha saltado el seto...

Yo también lo salté. Encontré a una mujer acurrucada en el suelo, con un gesto de espanto en la cara. Sin decir nada señaló un garaje y continué mi carrera, rodeándolo.

Le vi fugazmente dos jardines más allá. Una buena ventaja para dispararle, sobre todo teniendo en cuenta que en mi pistola sólo debían quedar dos o tres cartuchos.

Redoblé mi carrera, salté un seto y caí en medio de un macizo de rosales en flor.

Los malditos, además de flor, tenían espinas y desgarraron mis ropas y lo que había debajo de éstas.

Maldiciendo, seguí adelante.

Gané terreno al cruzar el jardín diagonalmente. Más allá había un solar y después una calle serpenteaba por la colina.

El tipo estaba llegando a esa calle cuando le vi de nuevo. Esta vez me detuve y disparé una sola vez.

Le vi trastabillar y caer, pero luego, levantándose, se hundió entre unos matorrales que bordeaban el solar.

Corrí otra vez, pero ahora con más precauciones porque el

fulano podía fusilarme antes que yo viera de dónde salían los tiros.

Advertí un leve movimiento entre los matorrales.

Levanté la pistola y empecé a empujar el gatillo suavemente, deseando no fallar este tiro, porque podía ser el último que quedara en mi arma.

La cabeza que salió repentinamente era muy pequeña... No comprendí aquello de momento, pero mi dedo dejó de hacer presión.

Cuando me di cuenta que se trataba de un niño casi me caí de espaldas al imaginar que pude haberle volado los sesos sin más.

Volví a correr y el chiquillo miró primero mi pistola y luego a mí.

—¿Lo viste? —jadeé.

—¡Seguro! Oiga, ¿es usted policía?

—Privado. Dime, ¿adónde fue?

—¡Como los de la tele! —exclamó.

Sentí tentaciones de sacudirle.

—¡El hombre! —grité—. ¿Hacia dónde corría?

—Mire..., dobló allá abajo... ¿Le hirió usted?

Eché a correr y llegué donde el chiquillo me había indicado.

Y allí estaba.

Agazapado en el suelo, pálido, agonizante y esperándome.

Esbozó una mueca al verme y tiró del gatillo.

Salté de costado y también disparé. Fue una buena reacción.

Su bala atravesó la manga izquierda de mi chaqueta rozándome la carne con una sensación de quemadura.

La mía se le incrustó en el pecho terminando de una vez con semejante alimaña.

Respiré profundamente. Las piernas empezaron a acusar la reacción y tuve que apoyarme en la valla, sintiendo el corazón golpearme el pecho como un potro desbocado.

Entonces oí la vocecilla otra vez:

—¡Atiza, se lo ha cargado usted!

Era el maldito chiquillo, cuyos ojos como platos miraban el cuerpo retorcido y que se desangraba en el suelo.

—Tú no deberías ver esto, chico —dije con voz ronca.

—¿Por qué no?

—Vamos, lárgate de aquí.

Empezó a oírse una sirena en alguna parte. Mucha gente estaba acudiendo también y nada de todo aquello me gustó.

Y el maldito mocoso seguía allí, con el mismo interés que si se encontrase ante la pantalla del televisor.

Hube de empujarle y entonces llegaron los primeros curiosos, a los que entregué el chico. Encendí un cigarrillo y aguardé oyendo los comentarios de aquellos papanatas, maldiciendo en mi fuero interno y pensando en el tiempo que se me escapaba de las manos.

Un tiempo al final del cual esperaban cincuenta mil dólares.

Entonces llegaron los coches policíacos, al frente de los cuales hizo su aparición el mismísimo teniente Garstrang.

Como de costumbre, llegó demasiado tarde.

CAPÍTULO V

—Le dije que sucedería esto, Duncarry —repitió una vez más.

Estábamos en mi *bungalow*, que él había tomado como cuartel general.

La expectación había crecido. Los dos cadáveres, retirados ya, eran sólo un motivo de comentarios entre el desperdigado vecindario.

Sólo quedaba el coche empotrado en la valla y algunos pequeños grupos que los guardias se esforzaban en disolver.

—Leí el reporte de lo sucedido anoche —dijo el teniente, apurando el vaso de *whisky*—. Como de costumbre, se metió usted en otro lío, esta vez con la hija de uno de los más altos jerifaltes sindicales.

—Mire, ni siquiera la conocía.

—Ya...

—¿Eso es todo?

—¿Qué prisa tiene ahora?

—He de acudir a una cita. He de ganar dinero para pagar los impuestos con los que sostener nuestra eficiente policía, teniente.

Sonrió sin humor.

—Creo que está usted resentido por algo, Duncarry...

—Lo estoy.

—Bueno, gracias por el *whisky*, de todos modos. ¿Sabe usted si quedan otros miembros de la pandilla de Beezy?

Le dediqué una mueca.

—Eso debería ser la policía quien lo supiera. Si quedan otros pistoleros mis dificultades no han terminado todavía.

—Lo sé, pero yo le ofrecí una escolta. Un par de mis muchachos pueden...

—Olvídelo. No quiero escandalizar a sus hombres con mis disipadas costumbres nocturnas.

—Sí, eso pensé que diría.

Le acompañé a la puerta. El jardinero estaba sentado en los escalones del porche, triste y meditabundo. Imaginé que después de ese día pediría aumento de sueldo.

Descendimos hasta la calle y él preguntó:

—¿Quiere que le lleve a alguna parte?

—Gracias, tomaré un taxi.

—Está bien... Ya nos veremos.

—Eso me temo.

Se rió y su coche partió como una centella.

Estaba cansado y harto de todo aquello. Sólo con imaginar los titulares de los periódicos se me revolvía el estómago, y las dificultades no habían terminado todavía.

Maldije a Tonio Beezy cordialmente y deseé que lo metieran en la cámara de gas cuanto antes. Ese día lo dedicaría a celebrarlo en grande.

* * *

Cuando llegué a la residencia de Raxel Dare eran las tres de la tarde, después de haber perdido unas horas con todo aquel embrollo.

El taxi me dejó delante de la inmensa verja de hierro rematada de agudas puntas de lanza. Me sentí desamparado en aquella soledad.

Pulsé el timbre y no sucedió nada en un minuto. Después, un hombre apareció al otro lado, acercándose sin prisas. Era viejo y vestía como un sirviente de la vieja escuela.

—Me esperan —dije—. Soy Steve Duncarry.

—Sí, señor. ¿Puede mostrarme algún documento que le acredite, señor?

—Bueno, ¿qué demonios es esto?

—Mis instrucciones, señor, dispénseme.

Le dejé ver mi licencia y eso le satisfizo. Abrió la enorme verja y me colé dentro. La casa se alzaba al final de un ancho paseo bordeado de hermosos arriates de flores.

—Encontrará al señor Dare en el estudio, señor.

—¿Y cómo encontraré el estudio?

Sonrió levemente.

—Una doncella le guiará sin duda.

—Ya veo.

Eché a andar. Oí gritos y risas en alguna parte a medida que me acercaba a la inmensa residencia.

Cuando rebasé los espesos arriates descubrí la piscina bañada de sol.

Me detuve en seco, impresionado. Era gigantesca, de agua nítida y en ella retozaban un par de hombres y una mujer.

Sentada bajo un parasol, tendida lánguidamente, estaba Joyce.

Su cuerpo llevaba dos diminutos triángulos que parecían sostenerse por arte de magia. Un vendaje cubría parte de su pierna, más abajo de donde yo le aplicara el torniquete la noche pasada.

Me descubrió cuando me acerqué. Se incorporó de un brinco.

—¡Miren quién está ahí! —chilló—. ¡Mi héroe de anoche!

Los que nadaban se volvieron. La mujer empezó a nadar hacia el borde, seguida de los dos hombres.

—¡Vamos, acérquese! —Palmoteo Joyce.

—¿Cómo va su pierna?

—¿Tiene algo que decir de mis piernas?

—No empecemos otra vez. Me interesaba por su integridad física, eso es todo.

—¿De veras? Yo imaginé que un hombre en su sano juicio, viéndome, se interesaría de otro modo por mí.

Suspiré. La chica no tenía arreglo.

—Su padre está esperándome —dije—. ¿Alguien puede guiarme en este laberinto?

—Oh, bueno, ya lo verá, ¿qué quiere beber?

La mujer y sus acompañantes acababan de salir del agua. Entonces me di cuenta que la dama era un ejemplar soberbio, que casi eclipsaba a la exquisita belleza de Joyce.

Tenía también largas y hermosas piernas, unas caderas de concurso y un busto que el trozo correspondiente del dos piezas pugnaba por contener.

Encima de todo ello había una cara llena de experiencia, con unos ojos que lo habían visto todo archivándolo para futuras

experiencias.

Pero era endiabladamente bella y ella lo sabía.

Los dos hombres eran jóvenes, fuertes y con visibles músculos en sus cuerpos bien cuidados y tostados por el sol de California.

—Hola —exclamó la dama—. ¿Es algún amigo tuyo, Joyce?

—Mi víctima —rió.

—¿Tú qué?

Uno de los hombres rió:

—¿Cuál de tus víctimas, primor?

—La última. Anoche estuve a punto de aplastarlo...

—De modo que es él —cacareó el tipo.

—Interesante —opinó la dama rubia.

Les miré, comenzando a perder el control.

—Oigan —dije—; si necesitan a alguien para divertirse, ¿por qué no buscan uno de su misma catadura?

La rubia rió otra vez.

—Cualquiera diría que nos ha insultado. ¿Tú qué opinas, Bud?

Bud se encogió de hombros.

—Después de todo —dijo—, anoche ayudó a nuestra pequeña Joyce. Podemos permitirle algunas libertades.

Di media vuelta y me encaminé a la casa. Detrás de mí seguí oyendo la risita de la despampanante rubia y las orejas me ardieron.

Había una doncella en el vestíbulo esperando pacientemente. Llevaba un ajustado uniforme que la moldeaba con placer. Le sonreí.

—¿La hice esperar? —indagué.

—No importa, señor. ¿Quiere seguirme, por favor?

—Con mucho gusto, ya lo creo.

Frunció el ceño, pero dio media vuelta y yo la seguí.

Valía la pena. Sabía cómo debía moverse para dejarle a uno sin respiración.

Llamó al fin con los nudillos en una puerta cerrada. Una voz, al otro lado, gruñó algo y ella abrió.

Entré y oí cómo se cerraba suavemente la puerta a mis espaldas.

El hombre que estaba sentado al otro lado de una gigantesca mesa era grande y ancho, de cuerpo poderoso y cuello casi inexistente. Un rostro duro y amazotado pregonaba raudales de energía, que atestiguaban sus ojos tan fríos como el hielo y

escrutadores hasta la desesperación.

Avancé hacia él, disculpándome por mi tardanza, pero me atajó con un gesto y dijo:

—Lo sé, oí la noticia por radio. Trataron de liquidarle otra vez y usted los despachó. Creo que es usted el tipo que necesito.

—Depende para qué. Cincuenta mil dólares pueden ser mucho dinero o muy poco.

—No me venga con historias —farfulló—. Cuando yo contrato a alguien siempre sé lo que puedo esperar de él. Conozco muy bien a los hombres. Me conviene usted.

Se me ocurrió que aquél sería el vocabulario y la actitud que adoptaría si fuera a comprar un caballo.

—Siéntese, no me gusta hablar con gente de pie.

Me dejé caer en la confortable butaca, frente a él.

Estuvo mirándome largamente. De pronto me soltó:

—¿Qué le pareció mi hija?

—Una cabeza loca, irresponsable y demasiado consentida.

—¿De veras piensa eso?

—Ajá.

Inopinadamente se echó a reír. Sus carcajadas resonaban como un lejano trueno.

—¡Acertó, hijo! —cacareó después—. Le consentí demasiados caprichos desde que era una niña... Perdió a su madre y ya sabe usted lo que ocurre...

—¿Para qué me necesita, señor Dare? —le atajé—. No creo que mis opiniones respecto a su familia le interesen demasiado.

Volvió a escrutar-me con sus ojillos astutos.

—La policía se propone amargarnos la vida, Duncarry —dijo abruptamente—. Nos han prohibido abandonar la ciudad a mi hija y a mí. Igualmente, parecen sospechar de mis amigos y Sadie...

—Sadie... ¿Es la dama rubia?

—¿Qué? Oh, la vio en la piscina, claro. Sí, ella es Sadie...

—¿Y qué puesto ocupa aquí?

Me miró como si me creyera loco.

—Va a casarse conmigo el mes próximo, claro.

—Muy bien. ¿Qué es lo que quiere de mí? Hasta ahora no...

—Usted encontrará al bastardo que mató a Sprall. Para ese trabajo le pagaré cincuenta mil dólares, contantes y sonantes, de

modo que podrá escamotear los impuestos, si quiere.

—Ya veo. ¿Qué dijo la policía cuando estuvo aquí?

—Estúpidos —barbotó—. Inútiles... Creen que Joyce o yo mismo matamos a Sprall. Es la mayor imbecilidad que oí jamás.

—Bueno, después de todo, el cadáver apareció en el portaequipajes del coche de su hija. Tienen motivos para estar escamados.

—Alguien lo metió allí para hundirme.

—¿Quién era Sprall?

—Pero, bueno, ¿nadie le ha hablado de todo esto aún?

—Acabo de llegar.

—¿Y los polizontes?

—Hablé con el teniente Garstrang, pero solamente del intento de asesinato de que fui víctima. ¿Quién era Sprall? —repetí.

Suspiró.

—El jefe de tesoreros del sindicato que presido. Estuvo aquí ayer tarde, trabajando en unos estados de cuentas...

—¿Qué cuentas?

—¿Importa eso? —Gruñó de mal talante.

—Tal vez.

—Recordará que los obreros de nuestro sindicato estuvieron en huelga hace un mes o poco más. Sostuvimos esa huelga con todos nuestros medios y llegamos a pagarles más de veinte millones de dólares en salarios de emergencia. Eso colocó nuestra tesorería en una situación delicada.

—Ya veo.

—Sprall vino para revisar nuestras cuentas y para que le firmara unos documentos. No tuvimos tiempo de revisarlo todo y quedó en volver esta tarde. Cuando se marchó de aquí lo hizo por su pie con toda seguridad.

—Y luego apareció en el coche de su hija. ¿Dónde estaba ese coche?

—Durante el día estuvo en el garaje, detrás de esta casa. Después, Joyce salió y estuvo en una fiesta según dijo a la policía. Ellos deben haberlo comprobado.

—Seguro que lo han hecho. ¿Sabe dónde dejó ella el auto?

—No se lo pregunté. Pero debieron colocar el cuerpo en el portaequipajes allí donde estuvo aparcado.

—Muy complicado, si estuvo en un aparcamiento vigilado... Hablaré con Joyce.

—Hágalo. Esa chiquilla me trae de cabeza. Casi se rió de los polizontes.

—¿Quiénes son los otros?

—¿Otros?

—Los hombres que acompañan a su futura esposa y a su hija allá fuera.

—Uno es Bud Chaypool, secretario ejecutivo del sindicato que presido. Realmente, es un valioso elemento para mí. El otro se llama Dick Jenk, y es mi socio de transportes. Hay otro socio llamado Fugger, pero no está aquí.

—Está bien. Supongamos que acepto trabajar para usted y...

—¡Maldita sea! ¿Qué infiernos quiere decir con eso? Nada de «supongamos». Usted trabajará para mí.

—Más despacio —refunfuñé—. Éste es un asunto que apesta, le guste o no. Un asesinato para empezar. La policía saltará hasta el techo si huelen que quiero pisarles el terreno.

—Por mí pueden saltar hasta las nubes. Usted cobrará cincuenta mil pavos por ayudarme. Ellos, los malditos ineptos, casi nos han acusado, y en estos momentos no puedo permitirme un tropiezo semejante, con nuestras arcas desmanteladas. El sindicato debe mostrarse más granítico que nunca o nos hundirán. Quiero que encuentre al asesino y aclare todo este embrollo.

—Puedo intentarlo, pero ¿cree usted que la policía no lo descubrirá también? Eso le ahorraría cincuenta mil dólares, señor Dare.

—¡Al demonio los polizontes! Ellos centrarán todos sus esfuerzos en acusarnos a nosotros. Mi hija y yo en primer lugar, y luego los otros, Bud, Dick... y quizá Fugger también si se les antoja. Pueden hacernos polvo y no voy a permitirlo.

—Sería conveniente que llamase usted a su abogado...

—Ya lo hice. Estuvo presente cuando nos interrogaron. Es de los mejores, pero incluso él me aconsejó que buscara ayuda... la ayuda de un detective en el que se pudiera confiar. Sé quién es usted, Duncarry. Me conviene.

—¿Sólo porque llené de plomo a los pistoleros que trataron de matarme?

—Eso es un punto, pero principalmente me interesa por la manera como manejó el asunto Beezy. El maldito estaba intentando corromper los sindicatos y usted lo evitó.

—Y me creé un mundo de complicaciones. Está bien, lo haré, señor Dare..., si puedo. Pero quiero un anticipo.

—La mitad. Ya pensé en eso.

Casi salté fuera de la butaca. El abrió un cajón y sacó un fajo de billetes impresionante. Empezó a contarlos cuidadosamente, uno a uno. Había de cien y de quinientos y pronto hubo separado veinticinco mil, que empujó hacia mí como si le doliera hacerlo.

—Aquí tiene —gruñó—. Trabaje para mí y al final obtendrá otros tantos.

Me guardé el dinero tras convertirlo en dos fajos que embolsé en distintos bolsillos. Tras esto dije:

—Imagine por un momento que las sospechas de la policía son ciertas y que fue alguien de su grupo quien mató a Sprall. ¿Qué sucederá si lo descubro?

Casi saltó del sillón.

—¡Usted está loco! No han sido ellos, Duncarry, de modo que no empiece a desvariar. Recuerde que a partir de este momento está ganándose mi dinero. ¿Entendido?

—A pesar de todo, quiero que les diga que estoy autorizado a hacerles algunas preguntas y que es mejor que las respondan. Sólo así podré desenvolverme con alguna garantía de éxito.

—Eso es una tontería... Está bien, está bien, se lo diré —concedió a regañadientes—. Ojalá no sea una pérdida de tiempo... y de dinero.

Levantándome, me incliné sobre la mesa clavando mis ojos en los suyos con fijeza.

—Ahora, dígame, señor Dare... ¿Lo mató usted?

—¿Qué?

Bufó y se atragantó y su rostro enorme adquirió un vivo tono rojizo.

Yo añadí:

—Muy bien, usted no lo hizo. Pero si en mis investigaciones descubro que sí fue usted quien lo mató, su dinero habrá servido para conducirlo a la cámara de gas de San Quintín. ¿Está claro?

Empezó a sonreír, dominándose.

—Es usted un tipo que me gusta. Adelante, Duncarry. Trabaje y gánese mi dinero.

Di media vuelta y salí al exterior, esta vez sin ayuda de nadie. Junto a la piscina sólo quedaba la bella Joyce.

CAPÍTULO VI

Saboreé el excelente *whisky* sin dejar de mirarla.

—Si yo fuera una chica impresionable me ruborizaría por la forma que tiene usted de devorarme con los ojos.

—Es la única manera que puedo hacerlo. Volvamos al principio, ¿quiere? Hábleme de esa fiesta a la que asistió.

Suspiró.

—Usted es un tipo de ideas fijas, Steve...

—Seguro.

—La fiesta fue en casa de los Famberg, unos amigos nuestros que viven en Fload Canyon.

—¿Hubo mucha gente en esa fiesta?

—Pocos...

—¿Dónde dejó el coche cuando llegó allá?

—En la calle, con los demás, naturalmente. Había ocho o diez autos allí, a lo largo de la acera.

—¿Todos de invitados?

—Eso creo.

—De modo que cualquiera pudo acercarse y meter el cadáver en el portaequipajes, ¿eh? Dígame, Joyce... ¿Es una calle desierta, con poco tránsito?

—Muy poco.

—Incluso así se me ocurre que es muy problemático que un asesino se arriesgue a ser descubierto manejando un cuerpo en plena calle. Bueno, olvidémoslo de momento.

—¿No tiene otros temas de qué hablar, Steve?

—Estoy ganándome el dinero de su padre, primor.

—Oh, bueno, pero no necesita hacerlo con tanto entusiasmo. Por ejemplo, podríamos pensar un lugar donde cenar juntos esta noche.

Con esta pierna no puedo exhibirme en los lugares que acostumbro frecuentar, ¿sabe?

—¿Es que en esos lugares enseña hasta el muslo o qué?

Se rió. Yo insistí.

—Veamos ahora los invitados da esa fiesta...

A regañadientes, me habló de ellos un buen rato, pero no saqué nada interesante de todo ello. Ninguno de aquellos hombres y mujeres eran asiduos de los Dare, ni, al parecer, conocían tampoco al asesinado Sprall.

Nada por ese lado, pensé.

—Hay otra pregunta aún —dije—. ¿Vio usted a Bud Chaypool o a Dick Jenks en la fiesta?

—¿Esos dos búhos? Por supuesto que no.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

—¿Dónde estuvieron ellos anoche?

Encogiéndose de hombros, masculló:

—No lo sé. Yo los dejé aquí cuando me fui. En cuanto a Sadie, salió a cenar con papá. Si se hubiese quedado en la casa seguramente que esos dos embrollones hubieran estado más divertidos.

—¿Quiere insinuar algo con todo eso o es sólo una manera de hablar?

Estuvo mirándome con una leve arruga en su frente suave y tersa.

—Era sólo una manera de hablar —murmuró de pronto.

Me levanté y dejé el vaso sobre la baja mesita.

—Eso es todo, Joyce —dije—. Volveremos a vemos pronto.

—¿Qué prisa tiene? Siga aquí. No puedo soportar que me dejen sola.

—Hay muchas cosas que al parecer no puede soportar, primor, pero no cuente conmigo para que haga de *partenaire*.

—¡Qué condenadamente absurdo es usted! ¿O es que está casado?

—¿Quién yo? Ni en sueños. Y si de mí depende seguiré soltero el resto de mis días.

—Pamplinas —rió.

La dejé allí y me encaminé a la casa. Dare me dijo que había

dado instrucciones a los demás para que colaborasen conmigo, y me disponía a buscarlos cuando alguien llamó a la puerta del estudio y la doncella anunció:

—Acaban de llegar dos policías, señor... Desean verle.

—¡Condenación! ¿Qué le dije? No van a dejarnos en paz... ¡Tráigalos! —rugió.

La chica se esfumó, y un minuto después introducía al teniente Garstrang y a otro tipo al que yo había visto alguna vez en su oficina.

Vi el gesto de perplejidad que se pintó en la cara del teniente cuando me descubrió allí.

—Hombre, Duncarry. ¿A qué vino, a reclamar una indemnización por su coche? Y ahora que lo recuerdo... llevaron los restos de los dos cacharros a nuestro garaje de la Central.

—Pueden tirarlos a la basura por lo que a mí respecta.

—Antes deberán verlos los peritos de la compañía aseguradora. Pero ¿qué hace usted aquí?

Miré a Raxel Dare y fue éste quien gruñó:

—He contratado a Duncarry. A partir de hoy trabaja para mí.

—Ya veo... Un buen elemento, según en qué circunstancias. Bueno, pero yo no vine a hablar de eso, sino del crimen.

—No dispongo de mucho tiempo —rezongó el líder sindical—. De modo que abrevie, teniente.

—No tardaré mucho. Se trata del que usted dijo que era su socio... Dick Jenks.

—¿Qué pasa con él?

—Como es lógico, hemos investigado alrededor de todos los implicados en este caso, comprobando sus coartadas tal como ya le dije que haríamos.

—¿Y bien?

—Usted y su futura esposa tienen coartada comprobada para la mitad del tiempo que duró esa fiesta a la que asistió su hija, si bien ella se marchó antes de que terminara.

—Bueno, ¿adónde cree que le lleva eso?

Sin responderle, Garstrang prosiguió:

—Bud Chaypool estuvo en el Trocadero una buena parte de esa noche. Un camarero le recuerda más o menos, y también una de las vendedoras de flores y tabaco.

—Así que ahora llegamos a Dick —rezongó Raxel Dare—. ¿Qué ha descubierto sobre mi socio?

—Su coartada es la más endeble. El afirma que estuvo bebiendo en distintos bares hasta que recaló en el Paradise.

—¿Y no es cierto?

—Lo es, pero cuando él llegó a ese *cabaret* era ya muy tarde... mucho después de que hubiera terminado la fiesta a la que su hija asistió.

—¿Y eso le convierte en sospechoso?

Había sarcasmo en la voz del potentado. Un sarcasmo duro y descamado que no le pasó inadvertido al teniente.

—No más que a los otros, pero escarbando en su pasado hemos descubierto que estuvo detenido durante una larga temporada..., hace unos años. Corrupción, extorsión y evasión de impuestos.

—¿Y qué?

—¿Lo sabía usted?

—¡Claro que lo sabía! Hace muchos años que le conozco.

—Y a pesar de eso le asoció a su negocio.

—¿Por qué no? A un hombre que vale hay que darle una oportunidad y yo se la di. Es un experto en organización de transportes. Desde que él se asoció conmigo nuestras flotas de camiones han crecido extendiéndose por todo el país.

—Ya veo, pero yo creí que el organizador de su negocio era su otro asociado..., Fugger.

—¿También descubrió algo turbio respecto a él? —se mofó Dare.

—Nada en absoluto.

—¿Y en cuanto a su coartada?

—Estuvo en su casa la mayor parte de la noche.

—¿Entonces, qué infiernos tiene usted en la cabeza? Si todos estamos a cubierto con buenas coartadas durante ese tiempo...

—Yo no dije eso.

—Entonces. ¿Adónde infiernos quiere usted llegar?

—Sencillamente, a que Sprall fue asesinado entre las cinco y las siete de la tarde.

Dare tardó unos instantes en captar la importancia del dato.

Yo había estado sospechando que el teniente se reservaba un triunfo en la manga, pero no imaginé que fuera de tal magnitud.

Al fin, el líder sindical gruñó:

—Está loco... a esta hora Sprall estaba vivo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estuvimos trabajando aquí, los dos. Ya se lo dije.

—Usted me dijo que estuvieron juntos parte de la tarde de ayer, y que él se marchó poco después de las seis.

—¡Condenación! No miré el reloj. ¿Por qué tenía que hacerlo? Supongo que era esa hora poco más o menos.

—El informe del forense es terminante, dentro de lo que cabe. No existe duda alguna de que fue asesinado todo lo más tarde a las siete de la tarde. ¿Comprende?

—Bueno...

—Nadie en su sano juicio creerá que alguien le mató a las siete y acarreo el cadáver durante horas, para esconderlo, al fin, después de las diez de la noche, mientras el coche de su hija estuvo aparcado cerca de la casa donde tuvo lugar esa fiesta. ¿Qué le parece?

Dare estaba preocupado sin duda alguna, pero se dominó con un esfuerzo y acabó por mascullar entre dientes:

—No voy a discutir lo que dice su médico forense, pero si lo que usted intenta probar es que a Sprall le mataron mientras estuvo aquí...

—Si salió poco antes de las siete, no cabe duda que le asesinaron aquí. Sólo si su partida fue a las seis y tuvo tiempo de alejarse cabe alguna otra posibilidad. Ahora bien..., he tratado de encontrar un motivo para que alguien quisiera matarle.

—¿Y qué, lo halló usted?

—Todavía no. Pero él era el tesorero principal de su sindicato, ¿no es así?

—Eso lo sabe todo el mundo.

—¿No sería posible que no salieran las cuentas?

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Esa huelga..., ustedes gastaron una fortuna para sostenerla hasta conseguir lo que se habían propuesto. Quizá se excedió usted y arruinó la organización. Eso haría que el consejo le obligase a dimitir, ¿eh?

Dare bufó, lleno de ira. Se había puesto rojo y entonces comprendí lo mal enemigo que podía resultar.

—Todo esto es una sarta de estupideces —estalló—. Si todo lo

que usted es capaz de hacer se reduce a semejantes tonterías, no cabe duda de que alguien está despilfarrando el dinero de los contribuyentes. Nuestro sindicato puede soportar muy bien el golpe. No tenemos dificultades y el triunfo que conseguimos con la huelga nos ha hecho ascender en la escala moral hasta alturas que nunca antes habíamos alcanzado.

—Yo no hablo de ascensos, señor Dare, sino de millones de dólares.

—Es lo mismo en este caso. Si no tiene nada más interesante que discutir, esta entrevista ha terminado, teniente. A menos que prefiera esperar a que llegue mi abogado.

—No es preciso que le moleste; imagino cuán ocupado debe estar en este caso... En cuanto a usted, Duncarry, por lo visto se ha especializado en embrollos sindicales. Tenga cuidado con no ensuciarse demasiado la nariz.

El y su silencioso compinche se dirigieron a la puerta manteniendo el tipo, aunque pude adivinar que no estaban satisfechos en absoluto.

Tan pronto hubieron desaparecido, Dare pegó un salvaje puñetazo sobre la mesa y vomitó una sarta de insultos dedicados a los policías.

—¡Me ponen enfermo! —barbotó al final.

—Ellos están cumpliendo con su deber, eso es todo —comenté.

—No necesito sus opiniones, Duncarry. Lárguese y empiece a ganar el dinero que ya cobró.

Dejé para otra ocasión el interrogatorio de los otros y, siguiendo su «sugerencia», me largué de allí, esta vez pasando lejos de la piscina.

No quería más escaramuzas con la bella Joyce si podía evitarlo. Por lo menos, escaramuzas verbales.

CAPÍTULO VII

Dediqué buena parte del día a recopilar datos sobre el sindicato de Dare. Al parecer no había nada turbio allí. Dare luchaba con bravura por sus asociados, consiguiéndole constantemente mejoras laborales. Ellos cotizaban generosamente unas cuotas muy elevadas, pero estaban satisfechos de cómo andaban sus asuntos y según descubrí no les habría importado pagar incluso una cantidad más importante para el bien de su organización.

Tanto era así, que otros sindicatos comenzaban a tambalearse porque sus afiliados se impacientaban, recelosos, ante los éxitos del que dirigía Dare y los exigüos que ellos obtenían.

Recogí opiniones muy claras al respecto, y advertí una corriente de respeto y admiración por el fogoso líder que, sin la menor duda, había escalado su puesto desde abajo, puesto que en su juventud fue un simple obrero portuario.

Cené sin apetito en el restaurante de costumbre y volví a la calle. No dudaba de la eficiencia de los agentes del teniente Garstrang, pero quise comprobarlo todo por mi propia cuenta.

Así que estuve en el Paradise, donde no adelanté mucho. Jenks podía haber estado allí a cualquier hora de la noche. Nadie le recordaba.

Luego, en el Trocadero, hablé con la vendedora de flores y cigarrillos. Era una muñeca digna de tenerse en cuenta. Llevaba una sombra de falda de encajes que apenas descendía más abajo de la cintura y vestía sus hermosas piernas con mallas negras. Un corpiño diminuto completaba su atuendo.

Además, poseía una experiencia enciclopédica en todos los terrenos, por lo que pensé que debía tener un gran éxito en su negocio.

—Seguro que le recuerdo —respondió a mi pregunta—. Entre otras cosas, porque me compró tabaco... Dos cajetillas. Y me dio cinco dólares de propina. Eso no es muy corriente, y menos en un hombre que está solo.

—¿No se reunió nadie con él mientras estuvo aquí?

—No. O por lo menos yo no lo vi.

—Está bien, linda, gracias.

—Por nada.

Regresé a la calle reflexionando que después de todo, esas coartadas no tenían ningún valor si era cierto que Sprall fue asesinado a última hora de la tarde. No obstante era preciso poder descartar esa faceta del asunto para entrar de lleno en otras.

Era muy tarde cuando llegué esa noche al pie de la colina en que se alzaba mi vivienda. Por si mis vengativos perseguidores habían decidido repetir su intento, me aproximé con infinitas precauciones, acariciando la culata de mi automática.

Pero no sucedió nada. O la pandilla de Beezy estaba acabada, o si alguno quedaba aguardaba una mejor oportunidad.

Cuando llegué arriba me serví un buen trago y busqué refugio en el diván, donde permanecí un buen rato bebiendo y pensando.

Comenzaba a considerar la conveniencia de acostarme, cuando el timbre de la entrada me sorprendió. Empuñé la «Magnum» y abrí de un tirón.

El teniente se quedó mirando la pistola y luego elevó sus ojos hasta mi cara.

—¿Acostumbra a recibir así a sus amigos?

—No estoy muy seguro de que usted sea amigo mío. Pero pase. Estoy un poco nervioso estos días.

—Eso no necesita jurarlo.

Cerré otra vez. Cuando me volví, él se había adentrado y estaba examinando las botellas de mi pequeño bar.

—Sírvase —refunfuñó—. Sin cumplidos... a menos que esté de servicio y ésta sea una visita oficial.

—Nada de eso, hombre.

Se escancié *whisky* y le añadí un poco de soda. Con el vaso en la mano vino a sentarse frente a mí.

—Le aprecio a usted, Duncarry —empezó.

—Siga así y hasta es posible que logre enternecerme.

—Le aprecio —repitió—, hasta el extremo de preocuparme.

—No me diga.

—Ya sabe le ofrecí una escolta.

—¿Y qué? La rechazé.

Sin hacerme caso, añadió:

—Ahora me preocupa que pueda estrellarse en un asunto perdido de antemano.

—¿Qué cosas? ¿De qué está hablando si puede saberse?

—¿Qué le encargó que hiciera su nuevo cliente?

Fui a servirme a mi vez una buena ración de licor, aprovechando la pausa para reflexionar a fondo sobre la conveniencia de decírselo. Después de todo, tarde o temprano acabaría por averiguarlo.

—No va a gustarle —dije, regresando a mi sitio.

—No hay nada que me guste en todo este condenado asunto.

—Raxel Dare opina que ustedes tratan de cargarle el crimen, a él, o a su hija, o a alguno de sus allegados.

—Eso no es ningún secreto. Personalmente, opino que fue él quien mató a su tesorero.

—¿Por qué? Es absurdo.

—No, si Dare tiene algo sucio que ocultar respecto a los últimos conflictos laborales organizados por su sindicato. No olvide que lo ha llevado al borde de la ruina.

—No le costará rehacer sus finanzas. He hecho algunas averiguaciones al respecto. Todos los afiliados están de su parte, e incluso otros sindicatos importantes se ven muy apurados para que sus socios no se pasen al de Dare.

—Eso no cambia las cosas. Y no ha respondido a mi pregunta.

—Bueno, él quiere que yo investigue hasta descubrir al asesino. Cabeceó, asintiendo.

—Es lo que había supuesto —dijo hablando entre dientes.

Bebió y estuvo un rato callado.

—Fue él —gruñó después—. Apostaría cualquier cosa. Tuvo la ocasión...

—¿Y escondió el cadáver en el coche de su propia hija? No sea absurdo, hombre.

—Quizá pensó deshacerse del cadáver más tarde y en aquellos momentos aquél fue el mejor escondite de que pudo disponer.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—No lo creo —dije—. Si vamos a eso, pudo matarlo cualquiera de los que estaban allí cuando Sprall se marchó después de trabajar con Dare en su estudio.

—¿Y el motivo? Sólo él pudo tener alguno.

—¿También la hija?

—Bueno, esa chica me desconcierta, pero es tan sospechosa como los demás.

Me encogí de hombros, comprendiendo que era inútil discutir.

Fue entonces cuando él dijo:

—Hay algo más, Duncarry..., Fugger ha desaparecido.

—¿Quién?

—Fugger, el otro socio de Dare. Se esfumó ayer.

—¿Qué diablos quiere decir con que desapareció?

—Exactamente eso: estuvo trabajando hasta media tarde luego abandonó su oficina y ya nadie ha vuelto a verle.

—Bueno, quizá está viviendo una aventura con alguna fulana... o se emborrachó y no está en condiciones de hacer acto de presencia todavía.

—Fugger es un tipo de costumbres regulares. Nunca bebe más de la cuenta, y en cuanto a aventuras eróticas no diré que no viva alguna de vez en cuando, pero nunca son tan apasionantes como para que desaparezca de este modo.

—¿Ha tratado usted de encontrarlo acaso?

—De eso se encarga el Departamento de Personas Desaparecidas. La hermana de Fugger presentó la denuncia esta tarde... Vivían juntos y asegura que nunca había hecho nada semejante.

—¿Qué tal tipo es ese Fugger?

—Intachable, por lo que hemos averiguado.

—¿Lo sabe Dare?

—No por mí en todo caso.

—Es curioso, desde luego...

—Es mucho más que eso. Hay algo sórdido en este asunto, Duncarry, créame, algo que apesta por todas partes. No me gustaría que saliera usted descalabrado. Después de todo, me proporcionó un buen tanto entregándome las pruebas contra Tonio Beezy.

Soltó un gruñido, preocupado.

El se levantó y fue a escanciarse más *whisky*. Cuando regresó al asiento refunfuñó:

—Nunca me gustaron esos buitres que manejan los sindicatos, Duncarry. Casi todos ellos se dedican a expoliar a los obreros, y no puedo creer que Raxel Dare sea una excepción. No creo en mirlos blancos.

—Volviendo a ese desaparecido... ¿Qué hay de su coche?

—Lo están buscando. Hasta ahora tampoco ha sido encontrado.

—Lo cual demuestra que se marchó conduciendo su auto, ¿no?

—Así parece, por lo menos.

No encontré nada sólido que relacionara unos hechos con otros, pero cuando me disponía a replicar sonó el teléfono.

Lo descolgué y escuché la voz retumbante de Raxel Dare que mugía a través del auricular:

—No sé si tendrá alguna importancia para su trabajo, pero acabo de saber que mi secretaria personal ha desaparecido, Duncarry.

Casi salté fuera del diván.

—Repítalo —pedí.

—¿Qué le pasa, no entiende el inglés o qué? Mi secretaria personal, Delia Smith, no acudió hoy al trabajo. Cuando llamé a su casa me dijeron que nadie la vio desde ayer, cuando salió por la mañana para venir aquí.

—¿Estuvo ayer trabajando con usted?

—Naturalmente.

—¿Hasta qué hora?

—No lo sé exactamente. A eso de las cinco terminé de dictarle unos informes, y como esperaba a Sprall le dije que podía retirarse. Desde entonces no he vuelto a verla.

—Y alguien de la casa, ¿la vio después de esa hora?

—He preguntado a unos y otros y nadie parece haberla visto desde la hora de la comida. ¿Cree que puede ser importante?

—Maldito si lo sé. ¿Había sucedido algo así otras veces?

—No, nunca.

—Está bien, ya hablaremos de este asunto cuando le vea mañana. ¿Tiene algo más que decirme?

—Eso era todo. ¿Qué ha estado haciendo usted?

—Moviéndome mucho. Le informaré cuando le vea.

Colgué antes que hiciera más preguntas.

El teniente dijo:

—¿Su cliente?

—Ajá.

—Por lo que he oído, al gran hombre se le presentan más dificultades. ¿Qué le pasa ahora?

—Otra desaparición.

—¿Qué?

Casi saltó fuera de la butaca.

Se lo conté tal como Dare me lo refiriera a mí.

—¡Su secretaria! —bufó—. Por lo visto Dare está quedándose solo. Déjeme usar su teléfono.

Habló brevemente con el Departamento de Personas Desaparecidas. Cuando colgó dijo de mal talante:

—Nadie ha presentado la denuncia, pero esto no me gusta nada, Duncarry. Fugger primero, y ahora esa chica. ¿Dónde demonios estarán metidos?

Apuró su vaso y, levantándose, gruñó:

—Hágame caso, Duncarry; rechace ese encargo o se hundirá.

—Quizá sí...

Esbozó una mueca y tras dejar el vaso sobre la mesa se despidió.

Cuando llegaba a la puerta masculló:

—¿Sabe usted? Esas malditas escaleras son una broma pesada. El día menos pensado alguien se romperá una pierna y entonces le reclamarán daños y perjuicios.

—Están hechas para ahuyentar a los recaudadores de impuestos, usted sabe.

Riéndose entre dientes, se hundió en la oscuridad, escaleras abajo.

Cerré la puerta y regresé al diván.

Apenas me había sentado cuando afuera empezaron a sonar los disparos.

CAPÍTULO VIII

Saqué la «Magnum» y corrí a la puerta.

Cuando la abrí percibí la ronca voz de un revólver de gran calibre por encima de los primeros ladridos de una automática.

Bajé algunos escalones y disparé a mi vez solo para hacer ruido y tratar de desmoralizar a los atacantes, puesto que desde allí maldito si sabía desde dónde hacían fuego.

Después de mi tercer disparo oí el rugido de un motor y un coche se alejó entre el chirrido de los neumáticos al acelerar salvajemente.

Cuando llegué abajo, el teniente estaba reponiendo los cartuchos vacíos por otros nuevos en su revólver de reglamento.

—¿Qué diablos fue eso? —dije.

—Me confundieron con usted —refunfuñó—. Trataron de matarme en su lugar, esos hijos de perra... Justo cuando asomé fuera del seto me mandaron el primer balazo.

—Oí el coche cuando huía. ¿Pudo usted verlo?

—No, todo lo que sé es que era de un color oscuro. Un sedán.

—Desde luego, no comprendo cómo quedaron tantos pistoleros de Beezy sueltos por estas calles. Han muerto seis de ellos, y ahora aparecen otros...

—Esta gente abunda más que la mala hierba...

Hubo de ocuparse de los alarmados vecinos, que estaban teniendo un exceso de emociones en pocas horas. De seguir así, algún comité cívico pediría públicamente mi traslado a otro barrio.

Cuando regresó estaba de un humor de perros.

—Usted me sirvió de pararrayos —comenté, agitando más si cabe su mal humor—. ¿Cuántos tipos dispararon, teniente?

—Creo que sólo uno. Lo hizo con una pistola.

—Y el coche se puso en marcha después de cesar los disparos. Eso me hace pensar que en el auto sólo iba un tipo.

—Es muy posible... Eso quiere decir que cuando le haya despachado ya no quedará ninguno.

—Yo estaba pensando en otra cosa...

—Lo más importante para usted ahora es conservar la cabeza sobre los hombros, Duncarry, no lo olvide. Esa gente no bromea.

—Ya lo sé. Tengo pruebas de ello.

—Sí, seguro que las tiene. Bueno, vuelva arriba y cierre la puerta y las ventanas. Ya una vez le dije que no quisiera estar en su pellejo ni por todo el oro de Fort Knox. No creo que vuelva a dormir tranquilo en, todos los días de su vida.

—Gracias por animarme —repliqué con sarcasmo.

Eso fue la despedida. Subí otra vez las escaleras y, tal como él había indicado, cerré todo con cuidado antes de acostarme.

Si podía evitarlas no quería más sorpresas.

No obstante, incluso dormido, seguí pensando en lo chocante de este último atentado... Era la primera vez que oía decir que un intento de esa clase era llevado a cabo por un hombre solo.

Generalmente, son dos; uno al volante y el otro la pistola.

O sólo quedaba uno de los asesinos de Beezy, o las cosas estaban mucho más confusas de lo que yo imaginaba.

CAPÍTULO IX

Estaban en la piscina cuando llegué a la mañana siguiente. Joyce, con su dos piezas reducido a la mínima expresión, mostrando la juvenil plenitud de su belleza.

Junto a la misma mesa, bajo el parasol, Sadie, exuberante, tentadora, incitante... y calculadora. Saboreaba un gran jugo de naranja y apenas me devolvió el saludo con un ademán.

Fui a sentarme entre las dos, ante el entusiasmo de Joyce.

—Creí que ya no quería saber nada conmigo —dijo—. ¿Qué le pasó para no volver hasta ahora?

—Estuve trabajando. Quiero que me hablen de esa secretaria desaparecida, ¿sí?

Fue la rubia quien masculló:

—Si quiere que le diga mi opinión, ésa es una lagarta.

—¿Por qué?

—Pregúntele a Raxel.

Joyce protestó:

—No tienes derecho a hablar así de Delia... Ella no puede rebatir lo que tú digas.

—Tonterías. Y te diré más. Apuesto que esa desaparición no es más que una argucia para que tu padre se fije más en ella.

—Concretando —las atajé—. ¿Qué clase de chica es?

—Una lagarta —repitió la rubia con rencor.

—Una buena muchacha —opinó Joyce—. Discreta y eficiente. Papá está encantado con ella..., pero sólo como secretaria. Siempre dice que Delia no sólo es su mano derecha, sino parte de su cerebro.

—¿Novio?

—¿Cómo quiere que lo sepamos? —respondió Sadie—. Quizá se largó con algún apasionado admirador.

Bien, estaba claro que no podría sacar nada concreto y objetivo de ninguna de las dos, así que pregunté:

—¿Dónde está tu padre, Joyce?

—Salió muy temprano hoy y dijo que regresaría también pronto. ¿Es de Delia que quiere hablarle?

—Hay otros temas, pero ése es el principal.

—Anoche nos dijo que le había contratado a usted...

—Lo hizo.

La rubia rezongó:

—Son ganas de tirar el dinero. La policía sabe bien su trabajo.

—Bueno, dígaselo a su futuro consorte si quiere. Después de todo, se me ocurre que el dinero es de él, así que...

Me dirigió una mirada asesina y se levantó, rígida.

—No necesitaba usted recordármelo tan groseramente.

Nos dio la espalda y se encaminó a la casa, donde desapareció.

Entonces, Joyce masculló entre dientes:

—Me odia, aunque yo le correspondo cordialmente. Quisiera que se me ocurriera algo para impedir esa boda, Steve, pero papá está ciego por ella.

—Opino que no debe meterse en sus asuntos, primor. Por otra parte creo que usted tiene suficiente excitación sin buscarse otras emociones que pueden llevarla a una ruptura con su papacito.

—No necesita decirme lo que he de hacer, Steve. Lo sé muy bien.

—Sí, de eso estoy bien seguro. ¿Qué opina de la desaparición de Delia Smith?

—No sé qué pensar... No es una muchacha casquivana, capaz de emprender una excursión en compañía de un hombre. Y fuera de esa eventualidad no se me ocurren otras.

—Olvidémosla por el momento. ¿Quiere mostrarme el lugar donde tuvo su coche durante el día, hasta antes de asistir a la fiesta?

—En el garaje... Le acompañaré si me ayuda a andar, Steve. ¿Sí?

De modo que hube de llevarla casi en volandas hasta rodear la casa.

El garaje era una construcción baja y alargada capaz de albergar como cinco o seis coches.

Cuando llegamos allí no había más que uno, un «Dodge»

relativamente modesto teniendo en cuenta a quién pertenecía.

—El mío estuvo aquí, cerca de la pared, todo el día, Steve.

—¿Seguro, nadie lo sacó?

—Si alguien lo hizo yo no lo vi.

Empleé un buen rato reconociendo el suelo manchado de grasa. No pude ver otras manchas. No había sangre en ninguna parte.

—Quien sea que lo hizo, tomó muchas precauciones —refunfuñé.

—¿Qué esperaba encontrar?

—Sangre. La herida de la cabeza sangró lo suyo.

Ella estaba apoyada contra mí. Se me ocurrió que no estaba tan mal como para todo eso, pero entonces descubrí que me gustaba sentirla tan cerca, hermosa, joven y llena de vida.

Le rodeé la cintura con mi brazo y ella suspiró.

—Lo echaba de menos —rió.

—¿Qué?

—Sus brazos viriles. ¿Recuerda?

—¿Dónde están Bud y el otro?

—¡Pero, hombre! ¿No puede olvidarse de eso por una vez?

—Trato de no olvidarlo.

—Míreme, Steve.

—¿Para qué? He estudiado su anatomía pulgada a pulgada.

—Lo sé, pero hasta ahora lo hizo a distancia.

Así que la estudié de más cerca. Tanto que la estreché entre mis brazos y ella enroscó los suyos en torno a mi cuello. Un instante después su boca estaba en la mía y maldito si no lo olvidé todo excepto el fuego que parecía desprenderse de su cuerpo, de sus labios y hasta de su aliento.

Fue una buena demostración que me dejó flotando en un universo insospechado hasta entonces.

—Después de todo —susurró poco después—, también eres humano, querido...

—¿Lo dudaste?

—Confieso que sí.

Seguí demostrándole cuán humano podía llegar a ser. Resultó una demostración larga y detallada que terminó demasiado pronto, cuando alguien tosió detrás nuestro.

Nos volvimos en redondo y allí estaba Sadie observándonos con

ojo crítico.

—Bueno, pensé que les encontraría aquí —comentó—. Lo que no imaginé fue que estuvieran las cosas tan adelantadas.

Joyce palideció de ira. Apreté su cintura, calmándola.

—¿Algo que oponer? —pregunté suavemente.

—Eso deberá preguntárselo a Raxel, cuando regrese.

Joyce barbotó:

—No vayas a tomarte demasiado en serio tu papel de madrastra, querida... porque todavía no lo eres.

La rubia sonrió.

—Eres bastante mayorcita para saber lo que haces, Joyce. No pretendo inmiscuirme en tu vida privada, pero se me ocurre que podrías elegir lugares más discretos, eso es todo.

—Dejando de lado esos pequeños escarceos —intervine—. ¿Para qué nos buscaba?

—Hay una llamada para usted. El teniente Garstrang quiere hablarle.

—Debió haber empezado por ahí. ¿Dónde está el teléfono?

—Hay una extensión conectada a la terraza.

—¿Puedes sostenerte, pequeña?

Joyce asintió, sin apartar sus ojos cargados de ira de la hermosa rubia.

Eché a correr hasta el teléfono. La voz del policía no denotaba nada.

—¿Duncarry? Pensé que le encontraría aquí.

—¿Algo interesante?

—Puede serlo. Anoche olvidé decirle que la bala que mató a Sprall era del calibre «32» y le fue disparada a boca de jarro.

—Eso ya lo sabía. Vi las quemaduras de pólvora alrededor de la herida.

—Sí, claro... Otra cosa. El auto de Fugger ha sido encontrado esta mañana por una patrulla.

—¿Dónde?

—En una calle cualquiera. Abandonado.

—¿Hay algo sospechoso en él?

—Si se refiere a sanare o algo así le diré que no, pero en cuanto a lo demás, sí.

—¿Qué diablos es lo demás?

—Las huellas dactilares.

—¿Lo limpiaron?

—Por completo.

—Eso no me gusta, Garstrang.

—Ni a mí. No augura nada bueno. ¿Informó a Dare de eso?

—Todavía no le vi. Estaba fuera cuando llegué.

—Dígaselo.

—Okey. ¿Alguna noticia de la secretaria?

—Ninguna. Pero hay una extraordinaria actividad en la fiscalía. Creo que es algo relacionado con este embrollo, pero mantienen la boca cerrada hasta ahora.

—Eso se llama colaboración —rei.

—Sí, es estupendo, ¿eh?

Y colgó.

Estuve tratando de averiguar por qué se había tomado la molestia de llamarme para comunicarme el resultado de su propio trabajo. Creí adivinarlo al pensar en el secretario de la fiscalía. Forzosamente aquello debía escocerle a él de mala manera. El fiscal era, por encima de todo, un político ambicioso y hambriento de éxitos que jalonasen su carrera hacia la cumbre. No dejaría que los de Homicidios oscurecieran lo más mínimo su trayectoria bajo ningún pretexto.

Quizá fuera posible sacar dividendos de esta situación.

Regresé al garaje muy pensativo. La rubia había desaparecido, pero Joyce estaba esperándome allí todavía. La abracé, besándola y ella se abandonó en mis brazos con un suspiro.

—Steve...

Le corté la voz durante un rato. Después la aparté suavemente y me encaminé al rincón más alejado, donde antes viera un montón de trapos sucios de grasa.

Pero tampoco había ninguno con manchas de sangre.

Ella murmuró:

—¿Cómo crees que lo hicieron?

—Maldito si lo sé, a menos que...

—Sigue.

—Sería demasiado horrible si fuera cierto.

Se estremeció.

—¿Cómo? —insistió sin embargo.

—Sprall no era muy alto y estaba delgado. Creo que le obligaron a meterse en el portaequipajes y una vez allí le descerrajaron el tiro en la frente. El pobre diablo debió pasar unos segundos infernales.

—¡Oh, no!

—Ya no me cabe duda que le mataron antes que saliera de aquí. Fue la única manera de que pudieran esconderlo dentro de tu coche. Y si le hubieran liquidado estando de pie, o tumbado en el suelo, habría manchas de sangre. ¿Comprendes?

Asintió con un gesto.

—Trata de recordar..., ¿en qué orden salieron todos aquella noche?

—Bueno..., creo que el primero en irse fue Bud, cuando ya estaba oscuro. No vi salir a Dick Jenks. Después me marché yo, y cuando acababa de sacar el coche papá vino para tomar el «Cadillac». Sadie estaba esperándole en la terraza.

—Ya veo... ¿Viste a Fugger en algún momento de aquella tarde?

—¿El socio de papá? No. ¿Por qué?

—Ha desaparecido también.

—¡Steve!

—Es cierto. Su coche ha sido encontrado abandonado, y alguien se había tomado la molestia de borrar todas las huellas dactilares de él.

—¿Crees que... que también...?

—Eso no lo sabremos hasta que le encontremos.

O que le encuentre la policía.

—Sácame de aquí, Steve. Este lugar me da escalofríos...

Volvimos al lado de la piscina en el momento en que un coche color crema entraba en el jardín.

—Ése es Dick —anunció ella.

El socio de mi cliente se apeó del lujoso vehículo y vino hacia donde estábamos nosotros.

—¿No se bañan con este tiempo? —preguntó.

—No vine a nadar —dije—. ¿Y usted?

—El tiempo de cambiarme y me zambulliré. Hace un calor apestoso. —Desapareció en la casa y no tardó en regresar con el pantalón de baño. Hizo un gesto con la mano y se arrojó de cabeza al agua.

Tenía estilo y nadaba bien.

Joyce mascullo:

—Es un presuntuoso... le gusta exhibirse cuando hay alguien cerca.

—Tiene más auditorio en una ventana.

—¿Sadie?

—Sí.

Había visto a la rabia atisbando entre las cortinas de una ventana del primer piso. No nos miraba a nosotros, eso por descontado, sino al apuesto nadador que se complacía evolucionando como un consumado profesional de la natación.

—Papá es ciego —murmuró la muchacha.

—¿Tú crees?

—¿Es que no lo ves?

—Hasta ahora no veo nada que deba inquietarlo. Ese tipo nada estupendamente.

—¡Le odio! —mascullo.

—¿A cuál de los dos?

—A él..., a ella..., qué sé yo.

—Háblame de Sadie, ¿quieres?

—No hay mucho que contar. Era una bailarina cuando papá la conoció. Todo fue muy rápido y un día anunció que iban a casarse. De eso hace apenas tres semanas. Se la trajo aquí para que «congeniásemos», según dijo. Pero yo sé que la idea partió de ella, Steve. Es una zorra. Huele dinero, ¿comprendes?

—Ajá.

—Y huele algo más..., cuando hay pantalones cerca.

—Bueno, tú tampoco eres muy discreta en ese aspecto.

Soltó una risita.

—Pero yo no tengo compromiso con nadie. Y sólo pierdo un poco el control con hombres como tú. Desgraciadamente, no hay muchos.

Jenks salió del agua, hizo unas flexiones y empezó a secarse con una gran toalla.

—¿Todavía te duele la pierna, Joyce? —preguntó.

—No tanto como antes, pero me impide bañarme.

—Claro, claro... ¿Sabes si tu padre tardará en volver?

—Ni idea. Quizá Sadie lo sepa. Está en su habitación, Dick.

El la miró con el ceño arrugado.

—Sí —murmuró al fin—; creo que subiré a preguntárselo.

Y se fue.

Joyce me miró.

—¿Te das cuenta? —soltó un bufido—. Tú eres un buen detective, Steve. Dentro de un minuto sube y verás algo edificante.

—No me pagan para ese trabajo, nena. En todo caso, quien debe preocuparse es tu padre.

—Está loco por ella y no ve más allá de sus narices. Un hombre como él, duro y lleno de experiencia. Ha luchado como un forzado toda su vida para sacar adelante su sueño dorado..., un sindicato fuerte y poderoso. Y esa zorra le desacreditará precisamente ahora.

No repliqué. No era cosa que me importara demasiado.

Vi acercarse la doncella que ya conocía. Después de un leve carraspeo preguntó:

—¿Habló con el señor Dare sobre la cena de esta noche, señorita?

Joyce se volvió.

—Bueno, dijo que habría tres invitados... ¿Por qué?

—Para preparar los vinos y todo lo demás. Recuerde que la última vez que hubo invitados dijo que lo habíamos tenido poco tiempo en el refrigerador.

—Es cierto. Será mejor que los prepare. Seremos ocho o nueve seguramente.

La chica asintió y se alejó a lo largo de la fachada. La perdí de vista cuando dobló la esquina.

Joyce dijo:

—Me gustaría que cenaras conmigo esta noche, Steve.

—¿Crees que soy un potentado?

Se rió.

—Creo que para mí lo eres todo.

Me incliné sobre ella. Apenas alcancé sus labios sonó un alarido espantoso que me erizó el pelo, porque aquel grito contenía todo el horror del infierno...

CAPÍTULO X

Corrí hacia la esquina, puesto que era de allí de donde había surgido el alarido.

Casi derribé a la muchacha cuando surgió despavorida ante mí. La sujeté firme, zarandeándola porque continuaba gritando, aunque ahora apenas sin voz. Sus ojos desorbitados me miraban sin verme, temblaba de la cabeza a los pies y parecía a punto de volverse loca.

La solté y le aticé un sonoro bofetón que estuvo a punto de derribarla de espaldas.

—¿Qué infiernos le pasa? —barboté—. ¡Cálmese, muchacha!

Joyce llegó junto a nosotros. Oí voces y carreras en la casa.

—Bueno, ¿qué sucedió? —quise saber.

—Allí...

—¿Dónde?

—En la... en la bodega —jadeó.

—¿Qué pasó en la bodega? ¡Hable, maldita sea!

—Muertos... ¡Están muertos!

Y empezó a chillar otra vez.

En aquel momento llegaron Sadie y Jenks. Joyce estaba igual de petrificada. La, zarandeé también, diciéndole:

—Cuida de ella mientras voy a ver qué pasa allá atrás.

No esperé respuesta y corrí hacia la otra fachada. Vi la puerta abierta y las oscuras escaleras que se hundían en la tierra. Salía un vaho fresco y húmedo de allí abajo, y en el fondo brillaba la luz de una lámpara.

Descendí apresuradamente sin saber muy bien qué iba a encontrar en aquel sótano.

Pronto lo vi.

Tan pronto llegué al último escalón vi a la pareja.

Eran un hombre y una mujer, amontonados, hechos un revoltijo al pie de las escaleras, pero protegidos de la vista desde arriba por la gruesa columna que se erguía junto a los escalones.

Me acerqué a los dos cuerpos. Estaban terriblemente rígidos y casi antes de buscar en los bolsillos del hombre ya sabía de quiénes se trataban.

Fugger y la secretaria no volverían a trabajar más para mi cliente.

Los dos tenían sendos balazos en la cabeza, aunque el asesino había variado de método. Les disparó en la nuca en lugar de a la frente como hiciera con el desgraciado Sprall.

Volví arriba sintiendo que las piernas me pesaban más de lo acostumbrado.

Estaban todos allí, esperando, asustados.

—Steve —suspiró Joyce.

—¿Qué hay allá abajo? —indagó Jenks.

—Dos cadáveres. Fugger y Delia Smith, si no me equivoco.

Sadie dejó escapar un quejido. Joyce se cubrió el rostro con las manos y Dick Jenks pareció dispuesto a descender para comprobarlo.

—Si descende no toque nada, amigo. A la policía no le gustaría.

Les dejé allí y fui en busca del teléfono. Unos minutos después tenía al teniente al otro extremo de la línea.

—Informe por informe, Garstrang —dije—. Tengo dos cadáveres esperándole.

—¿Otros dos? Oiga...

—No son pistoleros esta vez. Fugger y la secretaria sin duda. Asesinados.

—¡Demonios! ¿Dónde los encontró?

—En la bodega de Raxel Dare. Mejor dicho; los descubrió una sirvienta cuando fue a buscar el vino especial para una cena de gala.

—No me lo cuente por teléfono. Voy para allá.

Colgué y encendí un cigarrillo.

Las cosas se complicaban cada vez más para mi cliente. La oleada de publicidad negativa que se levantaría iba a convertirse en un temporal que se haría muy difícil de capear.

Entonces oí el motor de un coche y vi llegar un «Cadillac» negro

y reluciente.

Maniobró, estacionándolo junto al de Jenks. Raxel Dare se apeó, seguido de Bud Chaypool. Los dos me descubrieron a un tiempo, pero sólo mi cliente vino hacia donde yo estaba, Bud se dirigió a la casa.

—¿Dónde están los demás, Duncarry? No recuerdo haber visto la piscina desierta a estas horas desde...

—Los encontrará al otro lado de la casa, señor Dare. Por añadidura, hallará dos cadáveres en la bodega.

—¿Que encontraré qué? —jadeó.

—Fugger y Delia Smith —repetí una vez más—. Asesinados.

—¡Cielos! ¿Habla en serio?

—¿Cree usted que se puede bromear con dos cadáveres?

—No, claro que no...

Trotó con su pesado cuerpo hasta que le perdí de vista.

Vertí *whisky* en un vaso y me tumbé en el lugar que ocupaba Joyce.

Estaba saboreándolo cuando Bud regresó ataviado para zambullirse.

—Esto está muy aburrido —comentó—. ¿Dónde está la gente?

—Contemplando los fiambres.

—¿Es un chiste?

—Vaya y véalo por usted mismo.

—¿Que vaya a dónde?

—A la bodega.

—Pero ¿habla en serio?

Suspiré resignadamente. El no esperó respuesta y salió zumbando.

Tuve tiempo de apurar dos vasos y encender otro cigarrillo antes de que el grupo apareciera. Venían pálidos, consternados, en silencio.

Fue Raxel Dare quien lo rompió. Su voz había perdido toda agresividad.

—¿Llamó a los polizontes?

—Están en camino.

—Eso era lo que nos faltaba —rezongó—. Ahora los cadáveres por parejas. ¿Qué es lo que ha estado usted haciendo, Duncarry?

—Mis informes son confidenciales, señor Dare —dije de mal

talante, para ocultar la realidad, que no era otra que apenas si tenía nada para informar.

Rezongó y bufó, y hubo un breve murmullo de comentarios. Sadie pareció dispuesta decir algo, pero lo pensó mejor y calló.

El teniente tardó unos minutos en hacer acto de presencia, ceñudo y amenazador. Con él llegaron sus acólitos armados de cámaras fotográficas, los peritos en huellas y un par de muchachos que nadie sabía concretamente cuál era su cometido.

Casi pisándoles los talones apareció también el forense. Era el mismo médico que yo conociera en la carretera.

—De modo que los encontró usted, Duncarry —me espetó, olvidándose de los demás.

—Exactamente, los descubrió una doncella cuando fue a por unas botellas de vino.

—¿Cómo los despacharon?

—A menos que el matasanos descubra algo más, a primera vista tienen cada uno un balazo en la nuca.

—Vamos a verlos —gruñó.

—Gracias, ya tuve bastante del espectáculo, teniente.

—No me venga con ésas. Acompáñeme.

Fui con él sin ningún entusiasmo, pero le dejé el trabajo cuando llegamos abajo.

Los examinó superficialmente, junto con el médico.

—¿Qué opina, doctor? —Gruñó.

—Así, a primera vista, es imposible fijar ni siquiera aproximadamente el tiempo que llevan muertos. Pero yo diría que más de dos días...

—Ajá. ¿Y esos agujeros de bala?

—¿A usted qué le parecen?

—Calibre pequeño. ¿«32» quizá, doctor?

—Yo diría que sí.

—La misma pistola que despachó a Sprall —rezongó el teniente. Yo dije:

—Y el mismo tiempo poco más o menos de su muerte. Sólo varía el lugar de los disparos. Sprall en la frente y éstos en la nuca.

—Voy a volverme loco...

Calló al oír, apagados por la distancia, el motor de otros coches.

—¡Condenación! —rugió—. Si alguno se atreve a largarse

ahora...

Se dirigió apresuradamente a las escaleras, de modo que le seguí sintiéndome más fastidiado cada vez.

Pero no se marchaban, sino que llegaban. Dos coches estaban maniobrando junto a los otros, y apenas se hubieron detenido varios hombres saltaron de ellos.

Al frente del grupo llegaba el propio fiscal en persona.

El teniente ahogó una sarta de improperios. El fiscal le miró acusadoramente cuando le espetó:

—¿Olvidó usted comunicarme lo que estaba sucediendo, teniente?

—Quise cerciorarme primero antes de hacerlo.

—Muy considerado —gruñó el fiscal son sarcasmo—. Afortunadamente tengo buenos contactos.

—Debe tenerlos muy buenos, en efecto, incluso en mi propia oficina. Me ocuparé de eso cuando regrese allá.

Se miraron unos instantes como dos gallos de pelea.

Fue el fiscal quien volvió a la carga.

—Opino que no ha llevado usted este caso con la celeridad debida. Debió haber empezado por registrar toda la casa desde un principio.

—¿Con qué objeto? Entonces no sabíamos que pudieran existir dos fiambres más.

—No importa. Me he ocupado de proveerme de un mandato judicial esta vez. Mi gente se ocupará de pasarla por un tamiz. ¿Sabía usted que Raxel Dare tiene registrada una pistola desde hace muchos años?

Apabullado y furioso, Garstrang negó con un gesto, con lo cual la mueca triunfal del fiscal se acentuó.

—Debió investigar por ese lado también —comentó, dejándonos plantados mientras él se dirigía al grupo.

El teniente refunfuñó:

—Daría cualquier cosa por hacerle tragar su maldita lengua.

—Quizá lo consiga usted.

Me miró, esperando. Nos acercamos a tiempo de oírle decir:

—¿Dónde guarda esa pistola, señor Dare?

—En mi escritorio, supongo. Hace meses que no la he tocado.

—Vamos a buscarla si no tiene inconveniente.

—Antes de eso llamaré a mi abogado —bufó Dare, iracundo—. No voy a permitirle que nos amenace impunemente.

—Hágalo, naturalmente. Pero mientras él llega nosotros empezaremos nuestro registro. ¿Quiere ver el mandamiento judicial en regla?

Exhibió el pliego de papel. Sin esperar respuesta impartió las órdenes a los agentes que habían llegado con él y se dirigió al interior cuando su rebaño se desperdigó.

Dare, tras una vacilación, le siguió, lo mismo que el teniente y yo mismo. Los demás quedaron allí fuera, perplejos e intrigados.

Lo primero que registró el fiscal, ayudado por uno de sus investigadores, fue la gran mesa escritorio.

Sólo que allí no había ninguna pistola.

—¿Dónde dijo que guardaba el arma, Dare? —Gruñó.

—Debe estar en uno de los cajones... no lo sé con exactitud.

—Parece que es usted muy descuidado con las armas...

Insistieron, pero no había ninguna pistola.

—No lo comprendo —barbotó el cacique sindical—. Debería estar aquí...

—Dígame, ¿recuerda por lo menos el calibre?

—Creo que... que era una «32».

Por el rostro del fiscal pasó una ráfaga de felicidad.

—La encontraremos —aseguró—. Precisamente andamos buscando una pistola calibre «32». ¿Quiere usted esperar fuera, señor Dare?

Había una burlona amabilidad en su voz. Sólo que Dare era más duro de lo que él imaginaba y le espetó:

—Me quedaré aquí, aunque sólo sea para estar seguro que no prepara usted una sucia trampa para cargarme con el paquete.

La mirada del jefe de la fiscalía centelleó. Pero estaba en la casa de Dare y capituló.

Entonces decidió dirigir sus tiros hacia otra dirección.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí, Duncarry?

Le enseñé toda mi dentadura en una gran sonrisa.

—Trabajando, lo crea o no.

—¿Qué?

—Ya lo oyó.

—¿Qué clase de trabajo?

El teniente dijo con voz suave:

—Está buscando al asesino, señor.

—¿Qué, ese... ese aficionado?

Garstrang asintió, añadiendo:

—Permítame recordarle que «ese aficionado» nos entregó a Tonio Beezy listo para sentencia.

—Suerte —gruñó—. Tuvo mucha suerte. Salga de aquí, Duncarry. Este caso ha pasado a la fiscalía y...

Dare le atajó:

—Él trabaja para mí y ésta es mi residencia. Si alguien no está conforme con su presencia puede largarse, y eso va para usted también..., señor.

La palabra «señor» sonó como algo obsceno en sus labios.

La cara del fiscal se congestionó, pero no tuvo más remedio que tragar ira. Pero barbotó:

—Ya me ocuparé de usted más tarde...

Yo dije amablemente:

—Señor Dare ¿olvidó al abogado?

Con lo que me gané otra mirada asesina por parte del fiscal.

Mi cliente realizó la llamada y después pareció mucho más tranquilo.

Pero antes que llegara el picapleitos las cosas se precipitaron.

Nos habíamos reunido todos en una sala espaciosa y cómoda. Sadie acababa de repartir sendas bebidas mientras en toda la casa sonaban los rumores del registro.

Joyce a mi lado susurró:

—¿Qué crees que va a pasar Steve?

—No soy adivino pero yo diría que van a meter a tu padre en un aprieto. El fiscal está sediento de triunfos y no se detendrá ante nada.

—¿Qué podemos hacer?

—Sólo esperar...

No tuvimos que esperar mucho. El fiscal apareció acompañado por un corpulento detective de su departamento. Traía una pistola en la mano, envuelta con un pañuelo.

—La encontramos, señor Dare —cacareó—. ¿Es ésta su pistola? Recuerde que está registrada...

—Sí... Por lo menos, es igual que la mía. Hace tantos años que

tengo la licencia que había olvidado incluso las características.

—Es una «32».

Dare esbozó una mueca de burla.

—Imagino que la fábrica debió sacar alguna más de ese mismo calibre.

—Oh, por supuesto, por supuesto. Sólo que no todas ellas fueron disparadas recientemente.

—¿Qué? ¡Hace meses que no se dispara!

—No me salga con ésas ahora, Dare. Ha sido disparada hace muy poco tiempo. Huele a pólvora que apesta. Y no cabe duda que le adaptaron un silenciador también. Dejó las señales características de esos chismes.

—No puedo creerlo...

—Añadiré que por si había alguna duda, faltan tres balas en la dotación del cargador. Y tenemos tres cadáveres que fueron asesinados de un tiro cada uno... con un arma calibre «32».

Joyce jadeó:

—¡Papá, no dejes que siga diciendo esas estupideces...!

—No hay modo de cerrarle la boca a un pelícano si él no quiere —dijo su padre.

El fiscal enrojeció.

—Muy bien, creo que ya hemos perdido demasiado tiempo. Señor Dare, le detengo acusado de los homicidios de...

—¿Sabe usted lo que está haciendo, maldito engreído? —rugió el aludido.

—¡Ya lo creo que lo sé!

Joyce dio un salto, agarrándose al brazo de su padre.

—¡Papá! No puedes permitirles...

El fiscal gruñó:

—Lléveselo, Mercer.

El detective corpulento avanzó. De un empujón apartó a Joyce, que salió a trompicones, y agarró a mi cliente firmemente.

—Vámonos, amigo —ordenó.

Joyce recobró el equilibrio. Vio que se llevaban a su padre y perdió el control. Lanzó un grito y se precipitó hacia los dos hombres que se dirigían a la puerta.

Traté de detenerla sin éxito. Sus manos se habían convertido en dos zarpas.

Fueron estas zarpas las que cayeron sobre la cara del hombretón que la había empujado tan brutalmente. Unos surcos sangrientos aparecieron en su duro rostro dejando visibles huellas de su paso.

El gigantón lanzó un rugido, volteó la mano y descargó un tremendo tortazo que arrojó a la muchacha en mitad de la habitación, donde quedó acurrucada en el suelo.

El fiscal abrió la boca, pero no dijo una palabra. Estupefacto, Dare corrió hacia donde había caído su hija.

Y yo me encaminé adonde el detective maldecía en voz alta tratando de restañar la sangre en sus mejillas.

—Oiga una cosa, hijo de una hiena —le dije con amabilidad.

Se volvió, sorprendido.

Descargué un derechazo respaldado por todo mi peso. Mi puño estalló bajo su mentón y el impacto repercutió hasta mi hombro dolorosamente.

Pero más debió dolerle a él, porque sus ojos giraron en las órbitas y sus rodillas se aflojaron. Pero no cayó todavía. Era un tipo duro de veras.

Sobre todo sacudiéndoles a las mujeres.

Volteé el brazo aprovechando su momentáneo aturdimiento y le incrusté el codo, doblado, en mitad de su carota. Algo se rompió allí sin la menor duda y esta vez sí cayó de rodillas, rugiendo y vomitando obscenidades.

—La próxima vez golpea a alguien de tu talla, bastardo —le recomendé.

—¡Deténgase! —chilló el fiscal.

No me detuve. Aquella era una cosa que había de terminar como era debido.

Así que uní mis dos puños, los levanté y después descargué el mazazo con todo mi entusiasmo.

Cayó como una res apuntillada, aplastando la cara contra la alfombra, sobre la cual empezó a extenderse la sangre que brotaba de su rota nariz.

A mi lado, Garstrang me sujetó, obligándome a retroceder.

—Buena la ha hecho amigo, murmuró.

El fiscal estaba como loco. Aulló ordenando que me detuvieran, que me colocaran las esposas, que me ahorcaran y algunas lindezas más.

Yo dije solamente:

—Usted estudió leyes... imagino. Todo lo que he hecho ha sido defender a una muchacha brutalmente golpeada por ese energúmeno.

—¡Es uno de mis oficiales y eso...!

—Nadie me dijo específicamente que lo fuera. Por otra parte, si insiste en detenerme, los periódicos pregonarán los métodos que ha utilizado aquí..., las órdenes que ha dado a ese gorila para que maltratara a una desvalida joven, apenas una adolescente.

—¡Yo no...!

—Eso será lo que yo declare, y conmigo lo harán todos los demás excepto el teniente. Como ve, la superioridad numérica es abrumadora.

Lo pensó, rechinando los dientes.

Entonces llegó el picapleitos y las cosas volvieron a su cauce.

Al único que se llevó, esposado, fue a Raxel Dare.

CAPÍTULO XI

Fue un día condenado por cualquier lado que se mirase.

El teniente, cuando todo acabó en la residencia de los Dare, me ofreció un cigarrillo y dijo sin elevar la voz:

—Nunca se lo agradeceré bastante, Duncarry.

—¿Qué?

—Lo que le dijo al fiscal. Estaba deseando que alguien tuviera agallas suficientes para ajustarle las cuentas.

—Bueno, olvídelo. No me gustó que ese salvaje le pegara a la muchacha.

—Otra cosa, ¿qué opina de la detención?

—Dare no lo hizo.

Mi afirmación le arrancó un gruñido. Luego preguntó:

—¿Por qué, por el simple hecho de que le paga?

—Dare es un luchador. Subió desde abajo, trepando escalón por escalón, dejando jirones de su juventud en la lucha por la riqueza y el poder. Está acostumbrado a pelear. Puesto a matar, no lo haría de esa forma. Por otra parte, es inteligente, de lo contrario no dominaría uno de los sindicatos más poderosos del Estado. ¿Está de acuerdo en que lo es?

—Bueno, creo que sí.

—Entonces, dígame si un tipo inteligente cometería tres asesinatos con su propia pistola, y luego la guardaría en su propia habitación, bien envuelta en paños, sin limpiar el cañón ni reponer los cartuchos.

—Dicho así suena muy mal —concedió.

—No sólo suena mal, sino que apesta peor.

Sonrió.

—Tal vez con un poco de suerte me de el gustazo de ver al fiscal

presentando disculpas.

—¿Disculpas? Si ha cometido este error tal como yo creo, Dare le obligará a arrastrarse pidiendo clemencia, con una demanda por todos los cargos que se le ocurran a ese zorro de abogado que tiene.

La perspectiva le agradó.

—¿Cuál es su idea? —preguntó después.

—Sólo hay una explicación a la aparente estupidez de Raxel Dare. Alguien preparó el escenario para hundirle.

—Bueno, se me antoja que cometer tres asesinatos sólo para desacreditar a un tipo es demasiado incluso para la mente calenturienta de un asesino.

—Yo no digo que los crímenes se cometieran exclusivamente para hundir a Dare, pero por lo menos los aprovecharon para ese fin.

—¿Quién o quiénes?

—Ahí es donde me ha pillado. No lo sé.

Estuvimos haciendo cábalas un buen rato, hasta que él se cansó. Estaba resentido con el fiscal, y barruntaba que sus dificultades no habían hecho más que empezar.

De pronto, cuando ya se marchaba, exclamó:

—¡Demonio, casi lo olvido!

—¿El qué?

—La pandilla de Beezy... Quedó exterminada con los dos matarifes a quienes cazó al salir de su casa, Duncarry. He comprobado que no queda ninguno más.

—Entonces, ¿de dónde salió el tipo que le confundió conmigo y le mandó sus saludos de plomo?

—Eso es lo que me tiene perplejo. Sé positivamente que aquellos seis «torpedos» eran todos los hampones de que disponía Beezy.

—Eso es como para pensarlo, ¿eh? Y recuerde que el coche lo pilotaba un hombre solo.

Asintió.

—Si está pensando lo mismo que yo —dijo—, tal vez usted está en posesión de algún detalle revelador, aunque no se haya dado cuenta.

—Maldito si sé lo que puede ser. Estoy a oscuras todavía en este condenado embrollo.

Acabó largándose y yo subí al primer piso. Llamé con los

nudillos en la habitación de Joyce y su voz débil me invitó a entrar.

Entré y cerré la puerta. Estaba tendida sobre la cama. En su mejilla había un soberbio moretón, recuerdo del golpe recibido. Pero sus ojos brillaban, indomables.

—Hola, Steve. Siéntate aquí, junto a mí. Todavía no te he dado las gracias por haberlo hecho.

—¿Te refieres a lo sucedido abajo?

—¿A qué otra cosa? Arriesgaste tu carrera por mí.

—Bueno, no fue exactamente por ti, nena. Aquel gorila me caía muy mal desde que le vi.

Sonrió.

—Yo sé lo que me digo.

Se abrazó a mí y la besé.

Bueno, es una manera de decirlo, porque aquello fue mucho más que un simple beso.

Luego, cuando se apartó suavemente, jadeando, susurró:

—¿Qué podemos hacer ahora, Steve? Conozco bien a papá... se volverá loco si le tienen encerrado mucho tiempo.

—Le sacaremos de algún modo. Estoy convencido de que él no es culpable, sino que le prepararon una trampa.

—Sí, pero ¿quién?

—No lo sé... aún. Dime, ¿disponía de secretaria Fugger?

—Creo que sí. Había dos o tres chicas en su oficina de la central de la compañía. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero hacerles unas cuantas preguntas. Otra cosa, nena, ¿acostumbraba a marcharse tan pronto terminaba su trabajo la secretaria de tu padre?

—Siempre. Tan pronto papá le decía que el trabajo estaba terminado se arreglaba y se iba.

—¿Cómo?

—No comprendo...

—¿En coche, en taxi, cómo?

—Tenía un coche. Siempre lo dejaba en la calle, cerca de la verja.

—Nadie ha hablado de ese coche hasta ahora.

—Si no se fue debe estar ahí todavía. Es un «Ford» de hace un par de años, azul claro.

—Veré si sigue en la calle.

—¿Es importante?

—Puede serlo.

La dejé después de besarla rápidamente y salí a la calle, sin ver ni rastro de los demás.

Había un «Ford» azul claro aparcado junto a la acera. Estaba sucio de polvo y cuando probé las portezuelas me di cuenta que estaban cerradas con llave.

Regresé junto a Joyce.

—Delia no se marchó. Después que tu padre la despidió, debió quedarse por alguna razón determinada. Ahora he de irme, pequeña, pero regresaré esta noche. Creo que... que te has metido en mi sangre, primor.

—Eso es lo más agradable que me han dicho desde hace mucho tiempo, querido.

La dejé allí, tendida perezosamente, con su moretón y su mirada brillante.

En la planta baja no había nadie. Me servía un *whisky* y desperdicié un poco de tiempo reflexionando y atando los pocos cabos de que disponía.

Estaba acabando la bebida cuando Bud Chaypool se unió a mí en el convite.

—Esos malditos pies planos han metido la pezuña —rezongó mientras llenaba su vaso—. Raxel es incapaz de haber hecho eso.

—Lo mismo opino —dije—. Oiga, ¿cómo podría regresar al centro? No creo que por estos andurriales se encuentren taxis con facilidad.

—Yo puedo llevarle si quiere. Me disponía a ir a la ciudad también.

—Espléndido. Me saca de un apuro.

Tomamos su coche y partimos. Mientras conducía colina abajo apenas habló, excepto para despotricar contra el fiscal y sus métodos.

—Confío en que nuestro abogado le hará bajar de su pedestal de barro —rezongó.

Estuve de acuerdo con él. Poco más tarde, después de una curva, apareció un parador y lo señalé.

—¿Tomamos un trago? —propuse.

—¿Por qué no?

Estacionó y entramos. Era un bar lujoso, confortable. Pedimos *whisky* y lo saboreamos entre comentarios intrascendentes.

El mozo revoloteaba por las cercanías. Dejé un par de dólares sobre la barra, que él se llevó olvidándose del cambio.

Bud, encendiendo un cigarrillo, dijo:

—Otro a mi cuenta y nos vamos.

—Conforme.

Llamó al mozo. Otros excelentes tragos aparecieron ante nosotros.

Bebimos. El sacó unas monedas, pidió el precio y pagó.

Entregó lo justo exactamente, sin un centavo más, con lo que se ganó una furibunda mirada de desprecio del estirado mozo.

Volvimos al coche y el resto del trayecto fue silencioso y aburrido.

Después de separarme anduve un trecho, encontré un taxi y le di la dirección de las oficinas de la compañía de transportes de Dare.

Tal como Joyce dijera, Fugger había dispuesto de una eficiente secretaria, una muchacha joven, bonita y resuelta, de grandes ojos azules.

Cuando le dije lo que quería, ella murmuró:

—Fue algo terrible lo sucedido... El señor Fugger era un jefe atento y considerado con todas nosotras.

—Oiga, no voy a entretenerla mucho. Todo lo que quiero es que recuerde aquella tarde, la última en que usted le vio.

—Nunca lo olvidaré, parecía tan inquieto...

—¿Inquieto?

—Estaba nervioso. Nunca le había visto de aquel modo. Pero siguió dictándome como de costumbre hasta terminar todo el trabajo.

—Vamos por partes. ¿Era Fugger un hombre tranquilo?

—Bueno, era nervioso para el trabajo, pero su carácter era muy ecuaníme.

—Ya veo —yo comenzaba a abrigar cierta idea, pero quería que fuera ella quien la confirmase, sin presión por mi parte—. ¿Por qué cree usted que se puso tan nervioso?

—Sin duda fue culpa de una llamada telefónica que recibí.

—¿Seguro?

—Por lo menos, se alteró mucho cuando habló. Después, ya no

fue el mismo de antes. Impaciente, nervioso... No, no era el mismo. Llegó a inquietarme profundamente.

—Esa llamada, ¿la recibió directamente?

—Yo recibía todas sus llamadas. Recuerdo que fue una mujer la que pidió hablar con él, pero se negó a dar su nombre.

—Y después de la conversación telefónica Fugger cambió.

Asintió con un gesto.

—Creo que eso es todo —dije—. Me ha ayudado usted mucho.

—Ojalá pudiera ayudar a que... Nada, olvídelo. Mi trabajo es sencillamente de secretaria.

Salí, con una firme idea de lo que había sucedido. Sin duda fue Delia Smith quien llamó a Fugger, citándole en la residencia de Dare, Pero ¿por qué?

¿Y por qué tanto misterio entre ellos, hasta el extremo de que ella se negó a dar su nombre a la secretaria?

Anohecía. Pensé que debía alquilar un coche si quería moverme de un lado a otro. Recordaba que había una agencia de alquiler un par de calles más adelante y allí me encaminé.

Hube de esperar a que cambiase el disco en la esquina. Había mucho movimiento en la acera a aquella hora, y una auténtica riada de coches en la calzada.

De entre ese movimiento surgió el sordo estampido y algo pasó zumbando junto a mi oreja.

Giré como una peonza, precipitándome entre la multitud, mientras detrás de mí el cristal de un escaparate saltaba hecho añicos.

Ya no hubo más disparos. Había sido otro fallido intento de sacarme de la circulación definitivamente.

Me alejé del lío que se había armado en la esquina, donde el propietario del escaparate roto vociferaba a todo pulmón.

Quince minutos más tarde me deslizaba entre el tráfico al volante de un impresionante «Cadillac» de alquiler, rumbo a la casa fatal donde la muerte parecía haber sentado sus reales.

CAPÍTULO XII

Estaban todos allí, excepto el propietario de la residencia, por supuesto.

Joyce, pálida y nerviosa. Sadie, radiante, enfurruñada no obstante, y acariciando entre sus dedos un largo vaso empañado por el hielo.

Dick Jenks, bebiendo, inquieto como un gato en noche de enero.

Bud Chaypool, sentado confortablemente en una butaca. Quizá nervioso también, o tal vez sólo impaciente por alguna razón que él sólo conocía.

Joyce dijo:

—¿Cuánto tiempo crees que durará eso, Steve?

—Poco.

Todos me miraron, intrigados. Sonreí a la muchacha.

—Tu padre regresará dentro de unas horas, Joyce.

—¿Cómo puedes asegurarlo con tanto aplomo? Si sólo tratas de animarme...

—Lo sé, pequeña.

—¿Qué es lo que sabes?

—La verdad.

Jenks dio un salto y se atragantó.

—¿Habla en serio, Duncarry? —jadeó.

—Completamente en serio. Jamás bromeo con estas cosas.

Tras un silencio, tenso como un cable, Joyce musitó:

—Eso... eso quiere decir que tú conoces al verdadero asesino, Steve.

—Justamente, linda.

Sadie suspiró:

—Si es una bravata para justificar el dinero que Raxel le pagó...

—¿Bravata? —exclamé—. Es más cierto que su partida de nacimiento, preciosidad. El asesino está aquí, bebiéndose el *whisky* del hombre al que quería eliminar.

Si hubiese estallado una bomba en medio del salón no habría causado tanta conmoción.

Y aquello me gustó...

CAPÍTULO XIII

Me obsequié con otra dosis del buen *whisky* de Dare, en medio de una tensa expectación.

Al fin, Joyce no pudo soportarlo más y estalló:

—¡Por favor, Steve!

Me volví. Tomé un par de sorbos y al fin dije:

—Se pasó de listo, Bud. Demasiadas coartadas... y muy mala puntería cuando disparó contra mí.

Me miró levantando la cabeza poco a poco.

Yo sabía que aquello era como arrojarse de cabeza a un torbellino, pero era la única manera de hacerlo porque si él comprendía que yo no tenía una sola prueba todo se hundiría.

—¿Yo? —clamó, escandalizado—. ¿Quiere decir que el asesino soy yo?

—¿Quién otro? Usted se preocupó de tener una coartada incluso para la noche. Hizo que le recordasen en el Trocadero, especialmente la chica de los cigarrillos. En realidad, no necesitaba aquella coartada, pero usted no podía saberlo entonces, así que le dio cinco dólares de propina a la chica, además de comprarle una marca de cigarrillos que usted no ha fumado nunca, sólo para que ella se acordase de usted.

—¡Vaya acusación! ¿Está usted loco o qué demonios le ocurre?

—Repito que le dio una propina de cinco dólares. No obstante, usted es un tacaño, un avaro endiablado, Bud. Lo advertí esta tarde, cuando entramos a beber en ese parador de lujo.

Se enderezó de repente.

—¿El parador? —balbució.

—Justamente. Preguntó el precio y pagó dando los centavos exactos, sin uno solo de propina. Vi la cara del mozo y fue todo un

poema. Un tipo capaz de hacer el ridículo de ese modo en un lugar selecto como ése, no regala cinco dólares de propina sólo porque la chica de los cigarrillos enseña las piernas, ni compra unos cigarrillos que no va a fumar.

Trató de reír, pero le costó lo suyo.

Jenks murmuró:

—¿Eso es todo, Duncarry?

—Hay más, por supuesto.

Bud gruñó:

—Si espera acusarme con semejantes pruebas, maldito fisgón, va a ver lo que es bueno.

—Le acusaré con otras muchas pruebas. Una de ellas, un testimonio grabado en cinta magnetofónica.

Era mi «farol» más grande y de él dependía mucho. Dependía todo en realidad.

—Siga adelante. Cuando me canse le haré callar a mi modo.

—¿Cómo, con una bala en los sesos?

Sadie opinó:

—Yo creo que se ha vuelto loco, pero si realmente tiene pruebas sólidas contra Bud, debe exponerlas sin dejar sombra de duda, Duncarry.

—Eso voy a hacer, linda. En primer lugar, tenemos que Raxel Dare dio por terminado el trabajo antes de lo acostumbrado porque esperaba a Sprall, por lo tanto despidió a Delia, creyendo que ella se marcharía como cada tarde. Sólo que no lo hizo. Delia, por su puesto en la intimidad de la dirección del sindicato, estaba en posesión de conocimientos importantes. Había comenzado a albergar muchas dudas... y decidió hacer algo justamente aquella tarde.

—¿Qué hizo? —se burló Bud.

—Llamó a Fugger por teléfono. Le dijo que estaba asustada, que temía que sucediera algo esa tarde, cuando Sprall presentara sus cuentas... y le pidió a Fugger que se reuniese con ella detrás del garaje para mostrarle lo que ella tenía.

—¿Y...?

Esta vez fue Jenks el que me apremió. Estaba pálido y sus ojos tenían un brillo muy peligroso.

—Le reveló a Fugger lo que estaba ocurriendo en las cuentas del

sindicato... y eso alteró de tal modo al hombre que decidió acudir sin dejarse ver hasta haber hablado con la muchacha.

—Perfecto —exclamó Bud—. Ahora dígame qué más pasó aquella tarde... detrás del garaje.

—Detrás no lo sé, pero sí sé lo que sucedió dentro. Cuando Sprall se marchaba, usted le interceptó, atrayéndole al garaje. Allí le obligó a punta de pistola a entrar en el portaequipajes del coche de Joyce y le pegó un tiro. Usted ignoraba, naturalmente, que al otro lado de la pared, estaban Fugger y Delia, y aunque utilizó un silenciador en la pistola de Dare, oyeron todo... y eso les delató, de manera que usted no tuvo más remedio que matarlos también. Sólo que no podía llenar todos los coches con cadáveres y los arrojó a la bodega.

—Vaya imaginación —se mofó Bud.

Joyce se había levantado y susurró:

—¡Steve! Pero..., ¿todo eso por qué? Papá encumbró a Bud...

—Le ocurre lo mismo a quien alimenta un escorpión. Bud quiso ser más grande..., usurpar el puesto a tu padre. No me cabe ninguna duda de que fue así.

Jenks barbotó:

—Usted habló de una cinta magnetofónica...

—Por supuesto. La que grabó la conversación de Delia con Fugger, por el teléfono de su oficina. Ésa es la prueba que condenará a Bud a la cámara de gas de San Quintín.

Jenks desorbitó los ojos, levantándose poco a poco, pálido pero resuelto.

—Usted está loco —barbotó.

Le miré. Y de repente comprendí mi error y me di cuenta que aquel hombre iba a estropear todo mi trabajo, porque él era socio de Dare, y, por consiguiente, trabajaba también en las oficinas de la compañía de transportes.

—Escuche... —empecé a decir.

Y él estalló:

—¡Está mintiendo! En las oficinas de Fugger no...

Calló de repente, los ojos casi saliéndole de la cara. Ladeé la cabeza y descubrí que Bud se había levantado y nos apuntaba con una pistola de muy mal aspecto.

—Muy bien, tipo listo —gruñó—, se lo ha ganado.

Sonreí dominando el temblor de mis piernas.

—Eso lo resuelve todo. No son necesarias más explicaciones.

—En eso ha acertado. Ya habló demasiado. Ahora le toca hablar a mi pistola.

—Se ha precipitado, Bud —dije.

—¿De veras?

Joyce contenía el aliento. No me preocupé de ella ni de Sadie, ocupado en vigilar al asesino.

—¿Sabe lo que Jenks iba a decir cuando usted se anticipó?

—¿Qué?

—Iba a decir que en la oficina de Fugger no hay ningún magnetofón. Que jamás se han grabado allí las conversaciones telefónicas... ¿Se da cuenta, matarife?

¡Ya lo creo que lo comprendió!

Su rostro se contrajo en una mueca y dejó escapar un insulto impublicable. Con voz ronca barbotó:

—¿Es cierto eso, Jenks?

—¡Claro que es cierto! Jamás ha habido nada semejante en la oficina de Fugger, ni en la mía siquiera. Pero tú... ¡Maldito bastardo! Tú hiciste todo eso...

—No te muevas o empezaré por ti, idiota —le amenazó Bud, fuera de sí—. Sí, es cierto. Ahora ya no sirve de nada negar. Sprall descubrió que yo había escamoteado más de seiscientos mil dólares de los fondos de la huelga, y sólo esperaba a comprobarlo sin la menor duda para tirar de la manta. Aquella tarde fue mi última oportunidad.

—Y aprovechó para cargar el mochuelo a Raxel Dare, con la esperanza de heredar su puesto —dije.

—También es cierto.

Jenks barbotaba entre dientes, iracundo. Al fin dijo con voz que parecía el chirrido de una sierra:

—Raxel ha sido siempre un amigo para todos nosotros..., nos ayudó a subir, maldito traidor. Hizo lo que nadie porqueuviésemos nuestra oportunidad...

—Idiota. Eso son sentimentalismos estúpidos.

—¿Qué piensa hacer, Bud? —intervine—. No puede matarnos a todos así como así y creer que saldrá bien de esto.

—¿Me queda otra solución? Por lo menos, tendré tiempo de

poner tierra de por medio.

Jenks dio un rugido y avanzó hacia él. Era un auténtico suicidio, pero el hombre estaba igual que loco.

Bud giró la pistola y ni siquiera le amenazó.

Entonces brinqué como un saltamontes, golpeándole ferozmente donde pude.

Sonó un estampido y se organizó el infierno. La pistola voló de su mano y yo me aparté, sacando la «Magnum» al mismo tiempo.

—Bueno, amigo, se acabó —dije—. Levante las manos y no mueva ni las pestañas. Me gustaría mucho llenarle de plomo, así que no me de el menor pretexto.

Parpadeó, dolorido y furioso como un diablo.

Jenks jadeaba, tenso y rabioso.

Y Joyce sollozaba derrumbada sobre una butaca.

Me había olvidado de Sadie y ése fue mi error.

Porque su voz dijo detrás de mí:

—Suelte la pistola, Duncarry. Estoy apuntándole con un revólver, de modo que...

No quise volverme por si se trataba de una añagaza, pero me maldije en todos los tonos.

Sólo pregunté:

—¿Es cierto, Jenks?

—Lo es. Tiene un revólver.

—Ya veo...

Joyce había dejado de llorar.

—¡Tú, sucia víbora! —barbotó.

—¿Creías que estaba enamorada del vociferante energúmeno que tienes por padre? No, nena..., iba a conseguir lo mismo, pero asociada con Bud..., en todos los terrenos. Ese maldito detective lo ha contado todo con bastante exactitud, excepto que fui yo quien llevó a Sprall al garaje. ¿Qué te parece?

Nadie habló. Bud vino hacia mí tendiendo la mano para arrebatarme la pistola, seguro, triunfador, con un brillo asesino en sus pupilas.

—Bueno —dijo—, esto se acabó, Duncarry. Deme su pistola y no haga tonterías.

Le alargué el arma, sólo que en lugar de entregársela le golpeé con ella ferozmente en un costado de su cara. Con el mismo

movimiento me tiré de cabeza hacia delante en el instante en que detrás de mí, el revólver de Sadie retumbaba ensordecedoramente entre las cuatro paredes.

Bud dejó de retorcerse y se puso rígido, mientras yo rodaba como una pelota.

Oí otro estampido y la bala arrancó esquirilas al pavimento.

La voz extrañamente débil de Bud gimio:

—¡Tú, maldita estúpida...!

Hubo un agudo chillido de Sadie en el instante en que me revolvía apretando furiosamente el gatillo.

La «Magnum» tronó como un huracán desencadenado. Sadie pegó un brinco y golpeó de bruces el mueble bar. Joyce empezó a chillar y yo me levanté.

Sadie se deslizó poco a poco hacia el suelo. Bud gemía, agonizando, con el pecho lleno de sangre, herido mortalmente por su propia cómplice.

Sacudí la cabeza aturdido. Jenks, como si andara en sueños, se aproximó a Sadie, inclinándose sobre ella.

—Está muerta —jadeó, como si eso le asombrara.

—¿Cómo quiere que esté? —dije, furioso sin saber exactamente por qué y con quién—. Una bala de una «Magnum» no perdona jamás.

Bud exhaló un largo estertor y barbotó:

—No se... se puede trabajar con... con mujeres...

—Ella lo estropeó, ¿eh? —dije.

Dio un suspiro y quedó rígido.

Estaba muerto.

Jenks se acercó tambaleándose a una butaca y se desplomó en ella.

Joyce, con el rostro cubierto con las manos, sollozaba desesperadamente.

Me senté a su lado y la rodeé con mis brazos.

—¿Estás bien, pequeña?

Levantó la cara, mirándome.

—Creo que sí —musitó—. Pero eso ha sido tan horrible...

—Ya pasó.

Jenks dijo:

—Hay que llamar a la policía.

—Hágalo. Yo voy a llevar a Joyce arriba. Cuando lleguen avíseme.

Asintió y le dejamos en compañía de los dos cadáveres.

Joyce murmuró cuando llegamos a su habitación:

—Todo te lo debemos a ti, querido...

—La mitad solamente —afirmé pensando en los veinticinco mil dólares que faltaban.

No lo entendió y eso fue una ventaja, porque segura de que me lo debía todo se dispuso a pagarme con creces.

Lo hizo, empezando por enredar sus brazos en torno a mi cuello.

Era buena pagadora. Me hizo olvidar los veinticinco mil y con eso está dicho todo.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.